This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA 5528.96

Harvard College Library

FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN-AMERICAN HISTORY AND
ECONOMICS

ESTABLISHED 1913

COMPENDIO

DE

HISTORIA DE BOLIVIA

POR

José María Camacho

(PARA LAS ESCUELAS DE LA REPUBLICA)

LA PAZ

TIPOGRAFIA COMERCIAL

1896.

GA 5528.96

Harvard College Library
Apr. 5, 1915
Latin American
Professorship fund

A mi buen amigo Don
Eo Langa y L.
J. M. C.

HISTORIA DE BOLIVIA

NOCIONES PRELIMINARES

Aspecto general del país.—Origen de su nombre.—Historia geológica.—Períodos históricos.

ASPECTO GENERAL DEL PAÍS.—Bolivia ocupa una de las regiones más mediterráneas de la América meridional, y su superficie, que abraza una extensión de mucho más de un millón y medio de kilómetros cuadrados, se halla dividida por grandes líneas de montañas y de rios, que le dan un aspecto muy vario y singular, en que la naturaleza se ostenta con toda su magnificencia, luciendo los más bellos panoramas de la creación.

Por su situación intertropical y por su special conformación topográfica, el país oza de todos los climas, desde las rígi-

las alturas hasta los llanos más ardientes; es poseedor, en cantidad abundante, de los más variados productos mineralógicos; su flora es una de las más ricas y mejor caracterizadas con plantas particulares de gran mérito, y pueden hallar vida y desarrollo en su territorio, todas las industrias que conciba la humana inteligencia.

ORIGEN DE SU NOMBRE.—En la antigüedad no ha tenido un nombre propio que lo hubiese designado. Posteriormente, cuando los ejércitos kheshuas invadieron el territorio y lo conquistaron, lo distinguieron con la denominación de *Collasuyu*, por hallarse la nación de los Collas á la cabecera de estos pueblos. Durante los primeros años de la dominación española se le conoció por *Charcas*; después por *Alto-Perú*; y sólo en 1825, cuando se constituyó en República independiente, tomó el nombre de *Bolivia*, como un homenaje político tributado al esforzado patriota sud-americano el Libertador Simón Bolívar.

HISTORIA GEOLÓGICA.—Las observaciones geológicas, atribuyen al continente americano una edad si no más antígua que la de los otros continentes, por lo menos contemporánea, y reconocen que en el

territorio boliviano, en lo que ahora es la Altiplanicie, existió un gran mar interior, cuyos restos principales constituyen los lagos Titicaca y Poopó, la considerable laguna de Arapa y las ciénagas de Coipasa. Por consecuencia de grandes movimientos geológicos, se vaciaron esas aguas hacia las vertientes del Atlántico, formando principalmente los varios afluentes del rio Beni y no quedando sino los lagos citados y una inmensa llanura cubierta hasta ahora de eflorescencias salinas y que por este motivo se llama *lago* ó *pampa de la sal.*

Períodos históricos.—La historia de Bolivia puede dividirse en seis épocas: 1.ª época: la dominación aymara; 2.ª época: la dominación kheshua; 3.ª época: la conquista española; 4.ª época: la dominación española; 5.ª época: la guerra de la independencia; 6.ª época: la República.

Esta última época puede también subdividirse hasta 1864, á que alcanza la presente narración, en tres períodos: 1.er período: desde la fundación de la República hasta la victoria de Ingavi (1825—1841); 2.º período: desde la victoria de Ingavi hasta la dictadura Linares (1841—857); 3.er período: desde la dictadura Linares hasta el sexenio (1857—1864).

PRIMERA ÉPOCA

Los Aymaras

CAPÍTULO I

Primeros habitantes.— Monumentos prehistóricos.—Tihuanacu.

PRIMEROS HABITANTES.—No está averiguando aún el origen de los primeros pobladores de este suelo: unos los consideran autóctonos, esto es, originarios del país mismo, y otros, procedentes del Asia. Ninguna de estas hipótesis se halla plenamente esclarecida, y sí solo que la presencia del hombre en América, y sobre todo, en lo que es hoy Bolivia, data de una época tan remota como la que se cuenta en el otro continente, y que es la raza *aymara*, la mas antígua de las razas americanas.

MONUMENTOS PREHISTÓRICOS.—En torno del lago Titicaca, la laguna sagrada de los aymaras, y en sus vecindades, aparecen los vestigios más antíguos del hombre americano. Allí se ven las construcciones de piedra más rudimentarias, como las primitivas *pucaras*, las *chacas* y las

chullpas, que al decir de los arqueólogos, se escapan por su antigüedad á todo cálculo cronológico.

Las *pucaras*, ó fortalezas, son pequeñas colinas rodeadas desde su base por líneas concéntricas de piedras gruesas que las dividen en zonas. Servían de asilo y de defensa.—Las *chacas*, así llamadas actualmente por su analogía con los puentes, coronaban por lo general la cumbre de las pucaras, y eran recintos formados de grandes piedras paradas, cubiertas con una ó varias lozas. Tenían su destino de templo ó altar.—Las *chullpas* son columnas funerarias de tierra ó piedras en cuyo interior se guardaba á los muertos.

Estas construcciones, que con el tiempo recibieron una perfección artística, son ciclopeas. Los *kheshuas* las atribuían á hombres de talla jigantesca, á los *hatunrunas*. Con ser obras peculiares de la raza aymara, presentan, sin embargo, grandes analogías con otras construcciones del viejo continente: así la pucara se parece á la *larissa* de los pelasgos, las chacas á los *dólmenes* ó *menhires* de los celtas, y las chullpas tienen á la vez el carácter de las torres pelásgicas y de las *hipojeas* ejipcias.

TIHUANACU.—Una tradición refiere

que Tihuanacu fué erijido en una sola noche por una mano invisible, y otra leyenda añade, que las estátuas que allí se ven, fueron un tiempo sus habitantes, convertidos en piedras por un extraño peregrino á quien maltratataron porque quiso poner freno á sus desórdenes y vicios. Es allí donde se ostentan en su mayor explendor los monumentos de la más avanzada civilización de los aymaras.

La historia de Tihuanacu, nos es completamente desconocida. Los arqueólogos no han podido descifrar hasta ahora los misterios que encierra esa inmensa aglomeración de columnas, pórticos, estátuas y esculturas, que ofrecen á la primera vista el aspecto de un vasto taller abandonado de improviso ó el de un almacen de materiales destinados para la más jigantesca y magestuosa de las construcciones humanas. Todo lo que se puede conjeturar es, que Tihuanacu fué la metrópoli aymara, que su nombre primitivo pudo ser *Chucahua* ó *Ajapana*, y que los *Urus*, raza hoy dia envilecida y casi extinguida, no fueron extraños á los fastos de ese pueblo.

Mitologí
ras.—
Fasto

MITO
antígua
mundo,
transforr
de los pr
con una
les regio
los hombı
para su s
mundos.
mo y regu
las cosas
nuevo ser

Pasado
nu cayó o
dole un g
las tiniebl
que se sa
cielo, y sa
Inti-Kaka
derable de
bre el mu
guió al s

khocha, llamado por otro nombre *Tuapacá* y también *Arnahua*, quien se dirijió hacia el norte, obrando maravillas en su tránsito, bajando montes, creciendo llanos, haciendo brotar agua de las rocas y sembrando, sobre todo, en el corazón humano, sentimientos de piedad, de orden y de trabajo. Comprendiendo que el oro y la plata eran una fuente de corrupción, desterró esos metales al seno de las más altas montañas y á las regiones inhospitalarias.

Olvidadas con el tiempo las doctrinas de Ticci-huira-khocha, se presentó *Taapaj* ó *Tunupa*; pero ya el sentimiento humano se hallaba empedernido, de manera que, á pesar de sus esfuerzos y de la severidad con que ejercitaba su misión, no pudo reformar las costumbres. Recorrió gran parte del mundo; en Cancha hizo llover fuego del cielo, en Tihuanacu convirtió á los hombres en piedras; pero en la isla de *Inti-kaka*, fué empalado por los isleños y arrojado en una balsa al azar de los vientos y las olas. La balsa se deslizó hacia el sud, y cuando tocó tierra en *Chaca-marca*, ésta se abrió dando lugar á que las aguas corriesen, y sobre ellas fué navegando la endeble embarcación hasta llegar á otro lago, el de *Puupu* (Poopó),

donde desapareció para siempre, quedando tan sólo el canal que había abierto, el cual es hoy el río Desaguadero.

Tal es, en sus rasgos principales aunque confusos, la mitología de los antíguos aymaras, la que hasta cierto punto es la descripción alegórica de las primeras edades del mundo americano: el dios *Khunu* (la nieve) representa la era glacial, *Pachacamaj* las fuerzas restauradoras de la naturaleza, *Ticci-huira-khocha* las revoluciones geológicas de la época terciaria y *Taapaj* el esfuerzo y las contradicciones humanas en el camino de la civilización y el progreso.

PUEBLOS AYMARAS.—Los aymaras se extendían por toda la hoya del lago Titicaca, donde se hallaban sus poblaciones más considerables, y por la Altiplanicie y las quebradas hasta las llanuras del Oriente y del Chaco. Se hallaban divididos en gran número de naciones, siendo las más célebres las de los *Collas*, *Umasuyus*, *Pacajis*, *Urus*, *Laricajis*, *Carankas*, *Farias* y *Charcas*.

CHUNCHOS Y CHIRIHUANOS.—Las llanuras del Oriente y del Chaco estaban pobladas por dos grandes tribus salvajes, rrantes y cazadoras: los *chunchos* y *chiihuanos*, de cuyo origen nada se sabe.

FASTOS HISTÓRICOS.—De la vida política de los aymaras sólo se conservan vagos recuerdos de una lucha secular sustentada entre la dinastía de los *Kharis* (varones fuertes) y la de los *Sapallas* (únicos señores) guerra cruda é incesante que no terminó sino al advenimiento de la dominación khesshua.

CAPÍTULO III

Gobierno y religión.—Civilización y costumbres.—Idiomas.

GOBIERNO Y RELIGIÓN.—Los aymaras vivían sometidos á la autoridad de los *mallcus* (jefes supremos) y los *hilacatas* (mayorales), y se rejían por sus costumbres.

Creían en la existencia de Dios, á quien llamaban *Pachacamaj*, que es sinónimo de Eterno. Suponían que se mostraba á los ojos de los hombres en todos los objetos de la naturaleza, de donde resultó el culto de éstos, dejenerando así la religión espiritual que profesaban en el más completo fetiquismo.

Creían también en la existencia del alma *(ajayu)* y en su inmortalidad, en el espíritu malo *(Auka)*, en la resurrección

de la carne y en el premio y castigo eternos.

Conocían la oración, la confesión y la penitencia, y solían ofrecer sacrificios (*challas*). Sus templos se llamaban *huacas*. Tenían su sacerdocio: los ministros del espíritu malo se llamaban *laikas;* los confesores *ichuris* ó *ichuiris*, los sacrificadores *huillcas* y los adivinos *yatiris*.

El oráculo y santuario más celebrado era la peña *Inti-kaka* (peña del sol), nombre que se ha generalizado á la isla y al lago en la expresión adulterada de *Titicaca*.

Los cadáveres eran sagrados, y sus tumbas eran honradas con cánticos y ofrendas de comida y bebida.

CIVILIZACIÓN Y COSTUMBRES. — Cada nación se distinguía de las demás en el vestido y principalmente en los adornos de la cabeza, uso que ha prevalecido hasta nuestros días. Tenían nociones bien avanzadas del arte militar: solían construir fortalezas [pucaras] y conocían la lanza, la honda y la flecha, fuera de otras armas arrojadizas. Su principal industria era la agricultura: criaban grandes rebaños de llamas y cultivaban bien sus campos. El comercio se reducía á un limitado cambio de productos, sirviendo de medio los

cereales (*juira, zara*) y tenían nociones de la escritura geroglífica (*kelkaña*).

Idiomas.—El aymara fué el idioma de estos pueblos, y es reputado por los filólogos que lo han estudiado como una de las lenguas matrices más antíguas, más ricas y completas del mundo.

Los numerosos dialectos de los chunchos y chirihuanos, difíciles de caracterizarlos, parecen pertenecer al tipo común del *huarani* y el *tacana*.

SEGUNDA ÉPOCA

Dominacion khesshua

CAPÍTULO I

El imperio cuzqueño.—Origen de los Incas.—Succesores de Manco-Khapaj.

EL IMPERIO CUZQUEÑO.—No lejos de los aymaras, hacia el noroeste, había empezado á formarse, desde los comienzos del siglo XI, un pueblo regido por principios de gobiernos sabios y admirables, bajo la dirección de príncipes piadosos y expertos en los negocios de la paz y de la guerra: era el Cuzco.

ORIGEN DE LOS INCAS.—De todas las tradiciones que se refieren al origen del imperio cuzqueño y de sus monarcas, que tomaron el nombre de *Incas*, ninguna ha cautivado más la imajinación, que la trasmitida por el historiador inca Garcilaso de la Véga en sus célebres «Comentarios Reales».

Refiere éste, que el Sol, poder vivificador y fecundante del mundo, al contemplar la degradación humana se conmovió,

y que, para redimirla, bajó del cielo á dos de sus hijos, *Manco-Khapaj* y *Mama-Ojllo*, haciéndolos aparecer en la isla Inti-kaka, donde después del diluvio de Kunu había extendido sus primeros rayos. Esta misteriosa pareja, que eran hermano y hermana y al mismo tiempo marido y mujer, atravesaron las llanuras septentrionales del lago, llevando consigo una barretilla de oro que al hundirse fácilmente en la tierra, debía indicarles el lugar donde habían de fijar su residencia. Fueron pues probándola en el camino, y por largo espacio el terreno se les mostró duro; mas, á poco de haber entrado en el valle del Cuzco (Khoskho) la cuña penetró sin esfuerzo y desapareció para siempre. Los celestiales mensajeros convocaron entonces á las gentes del lugar; Manco-Khapaj instruyó á los varones en las artes de la agricultura; Mama-Ojllo enseñó á las mujeres el hilado y el tejido, y de este modo, bajo una vida patriarcal, de paz y de trabajo, echaron los cimientos del vasto y poderoso imperio de los Incas.

Esta tradición, como toda mitolojía, dentro de la falsedad de forma encierra en cierto modo la verdad de la idea: revela sencillamente que la civilización cuzqueña es de orígen aymara y que ella se ha

incubado en la meseta andina ó la hoya del Titicaca. Igual revelación nos hace la lengua khesshua, que resulta ser un idioma secundario, derivado del aymara. Y en cuanto á la procedencia aymara del primer inca ó de los fundadores del imperio, las investigaciones etimológicas pueden confirmarla acaso sin mucho esfuerzo. Así *Manco* que no tiene significado en khesshua, más parece una adulteración de *Mallcu*, con que los aymaras designaban á sus jefes supremos.

Succesores de Manco-Khapaj.—Hay una gran discrepancia en los autores antíguos con respecto á los anales cuzqueños y á la serie de incas que ocuparon el trono; pero todos están conformes en dar el nombre de Manco-Khapaj y asignarle procedencia aymara al fundador de esa monarquía, en presentar á *Huira-Khocha-Inca* como á guerrero y conquistador insigne, y en atribuir á *Pachacutej-Inca* la invención de la mayor parte de sus instituciones políticas, civiles y sobretodo religiosas con que consolidó el imperio y afirmó vigorosamente la dominación khesshua.

Desde mediados del siglo XV, la historia es más segura, y desde esa época hasta la conquista española, brillaron los rei-

nados de príncipes muy ilustres, como Tupaj-Inca-Yupanqui, Huayna-Khapaj, Huascar y Atahuallpa.

Ordinariamente, desde Manco-Khapaj hasta Atahuallpa se cuentan trece incas; á saber: Zinchi-Rucca, Llocke-Yupanqui, Mayta-Khapaj, Khapaj-Yupanqui, Inca-Rucca, Yahuar-Huackaj, Huira-Khocha-Inca, Pachacutej-Inca, Inca-Yupanqui, Tupaj-Inca-Yupanqui, Huayna-Khapaj, Huascar y Atahuallpa.

CAPÍTULO II

Conquista de los aymaras.—El Collasuyu.—Tupaj-Inca-Yupanqui ilustra el santuario de Inti-kaka.—Huayna-Khapaj prosigue las obras de su padre.—Huayna-Khapaj recorre el Collasuyu.—Estado del imperio á la muerte de Huayna-Khapaj.—Presajios de la venida de los españoles.

CONQUISTA DE LOS AYMARAS.—Las primeras naciones que conquistaron los incas fueron las aymaras. Estas se sometieron de grado ó por fuerza á las huestes cuzqueñas, las que de su parte procuraban

atemperar en lo posible los rigores de la guerra. Los incas se anunciaban como hijos del Sol, enviados por él para esparcir los beneficios de la civilización; y, desplegando una política suave y pacífica, sagaz y contemporizadora, lograron reducir á los aymaras á su autoridad y refundirlos en la inmensa familia khesshua, que con tanto acierto venían gobernando.

La guerra secular de los kharis y sapallas, terminó con la intervención del inca, quien sirvió de juez mediador y acabó por sujetarlos á su imperio.

El Collasuyu.—Los incas designaron con el nombre de *Collasuyu* todos los países aymaras, los que vinieron á formar una de las cuatro partes en que fué dividido su imperio, el cual sin embargo, no tuvo una denominación especial. El nombre de *Tahuatin-suyu* es invención española.

Tupaj-Inca-Yupanqui ilustra el santuario de Inti-kaka.—Atraido por la fama de Inti-kaka y por la gran devoción que le consagraban los aymaras, Tupaj-Inca-Yupanqui fué allí en romería. La presencia del inca en las aguas del Titicaca fué señalada con sucesos extraordinarios, de modo que se acre-

centó la fé del monarca, quien se propuso embellecer esa cuna de sus mayores y procurarle toda la pompa y majestad conveniente para el culto.

Mandó pues edificar un templo suntuoso dedicado al Sol y que fué el más rico del imperio; estableció una casa de escojidas *(ajlla-huasi)*, templos para el trueno y el relámpago, un monasterio para niños nobles, y un palacio para su residencia. La peña fué revestida con planchas de oro y plata, y con cortinas de riquísima tela (*kompi*), y en el camino, para llegar á ella, levantó tres portadas tapizadas con plumas de *kentis* ó tominejos. Hizo construir, además, grandes *tampus* ú hospederías para recibir á los peregrinos, é instituyó la isla inmediata como santuario de la luna, la *coya* ó esposa del Sol, por lo que se llamó desde entonces *Coya-huatta* (Isla-Coya) hoy Coati, y se levantaron en ella templos y otros edificios análogos á los de Inti-kaka.

Para la custodia de estas islas sagradas, fundó la población de *Cupa-khahuana* (mirador de la piedra preciosa) y la pobló con familias escojidas pertenecientes á cuarenta y dos provincias de las más ilustres del imperio.

Tupaj-Inca-Yupanqui ayunó un año

entero, absteniéndose de carne y ají, para acreditar su devoción y romería.

HUAYNA-KHAPAJ PROSIGUE LAS OBRAS DE SU PADRE.—Tupaj-Inca-Yupanqui dejó á su primojénito y heredero Huayna-Khapaj al cuidado de las islas. Este príncipe puso á una de sus hijas, en el ajlla-huasi en calidad de *mamacuna* ó abadesa, y completó los trabajos de su padre dándoles mayor esplendor.

Instruido en los misterios de la teogonía de los aymaras, pensó en la existencia de un ser superior al Sol, y se propuso sostituir al culto de éste con el del dios *Yatiri* (el que todo lo sabe); pero en balde invocó á la nueva deidad que se mantuvo sorda á sus plegarias y sacrificios.

HUAYNA-KHAPAJ RECORRE EL COLLASUYU.—Cuando Huayna-Khapaj ocupó el trono, recorrió el imperio siguiendo en esto la costumbre de sus mayores, y se detuvo largo tiempo en el Collasuyu. Organizó la explotación del rico asiento minero de Porco que había conquistado su padre, y en *Chuqui-apu*, pueblo principal de los *Pacajis*, celebró la gran fiesta del *Raymi*. En Tihuanacu le nació su hijo *Manco*, célebre más tarde por la denodada npaña que sostuvo contra los españo-

ESTADO DEL IMPERIO Á LA MUERTE DE HUAYNA-KHAPAJ.—Este príncipe, el más ilustre de cuantos gobernaron el imperio del Cuzco, llevado de su afecto por su hijo Atahuallpa, habido en la bella *Pacha*, princesa quiteña, determinó á su muerte que éste quedase con el reino de Quito, y Huáscar, su legítimo heredero con el resto del imperio. Tal disposición dió en breve margen á las rivalidades entre ambos monarcas, y en su consecuencia, á una desastrosa guerra civil, en la que Huáscar llevó la peor parte, suceso que coincidió con la venida de los españoles y que facilitó el triunfo de éstos.

PRESAGIOS DE LA VENIDA DE LOS ESPAÑOLES.—Cuatro ó cinco años antes de la conquista, declararon los *yatiris*, *humis*, *laikas* y *auquis*, profetas de Cupa-khahuana, que venía gente nueva por el mar, blanca, barbada y valerosa, pues por espacio de algunos meses habían visto á media noche un fuego extraño en el cielo que afectaba la forma de una pirámide.

Cuando Atahuallpa derrotó á Huáscar, sólo el *apu* Challco, que también era profeta, no tomó parte en el contento de los suyos. «¡Y qué!» le preguntó sorprendido el inca «¿no te regocijas como los demás?»—«Señor», repuso con tristeza el

apu, «he observado anoche los astros, y he visto que tu seguirás bien pronto la suerte de tu hermano».

Precisamente, en esos días, el piloto Bartolomé Ruiz se acercaba á Tumbez, conduciendo á Pizarro y sus soldados.

CAPÍTULO III

Instituciones.—Gobierno y administración.—Idioma.

INSTITUCIONES.—Los incas mantuvieron las leyes y costumbres de los aymaras, en cuanto no se oponían á las suyas. De sus instituciones merecen especial mención: la ley agraria, las fiestas civiles y las fiestas religiosas.

No existía la propiedad. Las tierras de cultivo se dividían en tres porciones que el *Llajta-camayu* indicaba: para el Sol, para el pueblo y para el inca. El pueblo concurría á labrarlas en común, de preferencia las del Sol, destinadas á sustentar el culto, luego las que correspondían á los desvalidos y á los soldados en tiempo de campaña, seguidamente las suyas, y por último las del inca en que entonaban cánticos con el estribillo de *¡ha-*

lláalla! que es como decir ¡vítor! ó ¡hurra!

Las fiestas ó distribuciones civiles tenían lugar en cada mes, siendo las principales: el *llallinacu*, que consistía en ejercicios militares, carreras de niños de trece á catorce años de edad y danzas marciales de las tropas; el *huarachicu*, en que se horadaban las orejas de los vencedores del *llallinacu*, en señal de nobleza y valentía y se les vestía con *huaras*, calzones, quedando así, armados caballeros; y el *quicuchicu*, que era el desposorio de todas las mujeres que habían llegado á la edad nubil. Todas estas fiestas se hacían con grandes ceremonias, danzas, libaciones y sacrificios, presidiéndolas los *camayus* y los *auquis* ó ancianos.

Las fiestas religiosas principales eran cuatro: la *Khapaj-Rayni*, la *Situa*, la *Khusquij-raymi* y la *Huaraku*, y se celebraban en los cuatro períodos solares: los solsticios y los equinoccios; pero la más notable de entre ellas era la *Khapaj-Raymi* ó simplemente *Raymi*, que tenía lugar en el solsticio de invierno, y se la celebraba en honor del Sol, del rayo y del trueno.

GOBIERNO Y ADMINISTRACIÓN.—Para el gobierno y administración del Collasu-

yu, se hallaba constituido en la Capital del Cuzco un consejo supremo presidido por un personaje de la sangre real que se comunicaba directamente con el inca.

A la cabeza de cada provincia ó *suyu* había un gobernador, también del linaje de los incas, encargado de dar al consejo la cuenta anual del movimiento político y administrativo de su gobernación.

El pueblo estaba dividido en cuerpos de diez, cincuenta, ciento, quinientos, mil y diez mil hombres, con sus jefes respectivos, llamados *Camayus*. El jefe de diez mil se llamaba *Uno*. La organización del ejército se hallaba sujeta á la misma división; y el general se llamaba *Apu*.

Los *Tucuy-ricujs* estaban encargados de fiscalizar secretamente á las autoridades y al pueblo.

La estadística, la contabilidad fiscal y los registros civiles, eran llevados por un cuerpo de contadores reales llamados *Quippu-camayus*, quienes se valían de los *quippus*, unos manojos de cordones anudados de tamaños y colores diversos que reemplazaban á la escritura y cuya invención la atribuía el quippu camayu Catari de Khocha-pampa á *Illa*, favorito de aita-Khapaj.

Los hilacatas y mallcus conservaban su

autoridad como señores tributarios del inca.

IDIOMAS.—El idioma oficial era el Khesshua, una de las lenguas más dulces, armoniosas y expresivas de la América. Los incas pretendieron hacerla obligatoria para todos los pueblos de su dominio, y aun cuando la resistencia de los aymaras á olvidar la suya fuese obstinada, aquellos alcanzaron su empeño en muchas provincias, como se nota en los actuales departamentos de Chuquisaca, Oruro, Potosí y Cochabamba.

TERCERA ÉPOCA

La conquista española

CAPÍTULO I

Descubrimiento de la América.—El Perú.—Expediciones de Pizarro.—Captura y muerte de Atahuallpa.

DESCUBRIMIENTO DE LA AMÉRICA.—Hasta fines del siglo XV, la América era desconocida para los europeos. La descubrió entonces el marino genovés don Cristoval Colón, con la protección de la reina de España doña Isabel la Católica. Este audaz navegante surcó las aguas del Atlántico y llegó á la isla *Huanahani* ó San Salvador en la madrugada del 12 de Octubre de 1492, realizando así el más trascendental acontecimiento de los últimos siglos. En exploraciones posteriores tocó con el continente.

EL PERÚ.—La empresa de Colón abrió para España una época de audaces expediciones marítimas y terrestres. Vasco Nuñez de Balboa descubrió el mar del Sud ú Océano Pacífico (1513), fundó la ciudad de Panamá y fué el primero que

tuvo noticias del vasto imperio de los incas, llamado después por los españoles, *Perú*, donde, según se decía, abundaban el oro y la plata tanto como en otras partes el hierro.

Expediciones de Pizarro.—Dos soldados aventureros, obstinados y aguerridos, Francisco Pizarro y Diego Almagro, vecinos de Panamá, asociados del cura de la ciudad don Hernando de Luque, determinaron apoderarse de tierra tan maravillosa; y con este fin, celebraron un compromiso, según el cual Pizarro y Almagro contribuirían con su esfuerzo personal, y Luque con veinte mil pesos en barras de oro, que tomó prestados (1526).

En la primera expedición los dos aventureros, corrieron grandes riesgos y penalidades. Viéndose sin recursos, quedó Pizarro en la isla del *Gallo* con parte de la gente y Almagro regresó con la otra por socorros á Panamá. El gobernador, á quien algunos soldados de Pizarro habían revelado su desesperante situación, dirigiéndole esta expresiva cuarteta, que se hizo después muy popular: «Pues, señor gobernador,—mírelo bien por entero,—que allá vá el recogedor,—y acá queda el carnicero»,—no sólo negó los recursos, sino que mandó dos buques para que transpor-

tasen sin tardanza á Panamá, á los infelices que habían quedado en la isla.

Cuando el comisionado intimó la orden á Pizarro, éste, por toda respuesta, trazó con su espada una línea en la arena, y volviéndose al sur, dijo: «Camaradas y amigos, por aquí se va al Perú á ser ricos, por allá se va á Panamá á ser pobres; escoja el que sea buen castellano lo que más bien lo tuviere». Dicho esto, pasó la raya.

Sólo trece hombres le siguieron.

Con esta pequeña cuanto decidida banda, perseveró en su empresa, hasta que recibió algunos socorros y pudo llegar á *Tumpis* (Tumbez) donde se cercioró de las fabulosas riquezas de los peruanos.

Tornó entonces Pizarro á Panamá en demanda de mayores auxilios, y no encontrándolos allí emprendió viaje á España, de acuerdo con sus socios, para solicitar la protección del rey (1528).

El rey lo atendió con una suma insignificante para la magnitud de la empresa; pero el audaz aventurero no se desalentó, y sin pérdida de tiempo, regresó á Panamá acompañado de cuatro hermanos que tenía; completó allí el equipo de la expedición, que constaba de tres navíos, ciento ochenta hombres y veintisiete caballos, y se dió á la vela (1532). En Puna

recibió el refuerzo de dos bajeles y otros recursos, conducidos por Hernando de Soto. Con estos elementos desembarcó en Tumpis, y penetró en el país, dirigiéndose resueltamente á *Kasa-marca* (Cajamarca).

CAPTURA Y MUERTE DEL INCA.—Cuando los españoles llegaron á Kasa-marca, el inca Atahuallpa con toda su corte, su ejército y los habitantes de la ciudad, se hallaba á una legua de distancia tomando baños. Pizarro le mandó una embajada, á la que Atahuallpa recibió con muestras de complacencia, ofreciendo ir al siguiente día á visitar al jefe de esos séres misteriosos que no podían ser sino mensajeros de Dios.

Por las relaciones de la embajada, comprendió Pizarro que solo á traición podría apoderarse de la persona del inca, y arregló su plan en este sentido. Cuando Atahuallpa se presentó en Kasamarca, conducido en una anda de oro por sus súbditos más nobles y seguido de una comitiva de cinco á seis mil hombres desarmados, sólo el padre dominico fray Vicente Valverde salió á recibirlo en la plaza con un crucifijo y un breviario en las manos; los demás españoles se hallaban emboscados esperando una señal de su jefe.

El padre Valverde se adelantó al monarca y le intimó que acatara la religión católica y se declarara súbdito del rey de España. Atahuallpa rechazó la proposición con altanería, arrojando lejos de sí el breviario. A este acto corrió Valverde, gritando á los españoles: «¡Salid, salid, estais tardando, que yo os absuelvo!»

Pizarro ajitó una bandera blanca y sonó un tiro. Aparecieron entonces los emboscados y se precipitaron sobre los indios haciendo una espantosa carnicería. En el momento en que algunos sables de la caballería se enarbolaban para descargar sus golpes sobre el inca, Pizarro se interpuso con el brazo extendido, exclamando: «Quien estime su vida, guárdese de tocar al inca»; y fué herido en la mano, única herida que sacaron los españoles en la jornada (Noviembre 16 de 1532).

Una vez preso Atahuallpa, ofreció por su rescate llenar de oro la pieza en que estaba hasta la altura á que alcanzaba su mano, puesto él de pié. El conquistador aceptó la oferta, pidiendo que llenara también dos veces de plata el cuarto inmediato, condiciones que se formalizaron por escritura pública. Cuando se hallaba reunida gran parte de lo ofrecido, los españoles procedieron á la partija. Almagro llegó

en esta circunstancia, y tocó del reparto. El total distribuido ascendió á más de veintidos millones de nuestra moneda actual, deducida la quinta parte para la corona de España.

Como les fuera pesado y peligroso seguir custodiando á su real prisionero, resolvieron darle muerte. Acusado entre otras cosas, de disipador de las rentas de su país, de idólatra y polígamo, el desgraciado monarca fué sentenciado á ser quemado vivo, pena que se hizo conmutar por la de garrote á condición de dejarse bautizar [Agosto 29 de 1533]. Pizarro vistió, hipócritamente, luto por su víctima.

Los invasores prosiguieron la conquista sin mayor dificultad, llegando á apoderarse del Cuzco, la opulenta capital del imperio.

CAPÍTULO II

Primer español en el Collasuyu.—Expedición de Almagro.—Expediciones á los chunchos.—Gonzalo Pizarro conquista el Collasuyu.—Fundación de Chuquisaca.—Francisco Pizarro en Chuqui-apu.

PRIMER ESPAÑOL EN EL COLLASUYO.—El primer español que recorrió la provin-

cia de Chucuito y atravesó el Desaguadero, fué el religioso dominico, fray Tomás de San Martín, que más tarde llegó á ser el primer obispo de Chuquisaca.

EXPEDICIÓN DE ALMAGRO.—Para ir á la conquista de Chile, escogió Almagro la vía del Collasuyu. A este fin organizó su vanguardia al mando de Juan de Saavedra y compuesta de algunos castellanos y de un gran número de indios conducidos por Paullu-Tupaj, hermano de Huáscar y el *Huillca-humi* ó gran sacerdote del imperio. A las ciento treinta leguas del Cuzco, fundó Saavedra el pueblo de *Paria*, la más antigua población española del Collasuyu (1535). Allí se le incorporó Almagro, para pasar luego á Tupiza y en seguida á Chile. En Tupiza se le desertó el Huillca-humi que regresó al Cuzco á sublevar el imperio contra los invasores, hecho que tan rudos trabajos les dió y en que se realzó tanto la simpática figura del valeroso Manco Inca.

Los collasuyus no opusieron ninguna resistencia á los expedicionarios de Almagro, por consideraciones á Paullu-Tupaj, aliado de éstos. Supo Almagro que había grandes vetas de plata en Charcas, y sus compañeros le indicaron la conveniencia de quedarse allí; pero él repuso: «Es

poca tierra para tanta gente honrada». Mas tarde, hablando con Alonso Alvarado, decía arrepentido: «Por sólo el servicio del rey y de mis amigos, no he poblado los Charcas».

Expediciones á los chunchos.—Después del gran levantamiento de Manco Inca y de la guerra civil en que se vieron envueltos Pizarro y Almagro, la que terminó con la ejecución de éste, Hernando Pizarro, hermano de Francisco, organizó la exploración y conquista de *Ambaya* país de los chunchos ó *mujus* (Mojos), cuyas riquezas ponderaban mucho los peruanos. Dos expediciones consecutivas, la de Pedro de Candia y la del capitán Pedro Anzures, más comunmente conocido por Peranzures, fracasaron lastimosamente, con gran pérdida de gente, de dinero y de caballos.

Gonzalo Pizarro conquista el Collasuyu.—Convencidos los hermanos Hernando y Gonzalo Pizarro de la riqueza del Collasuyu, emprendieron personalmente su reducción. A poco regresó Hernando al Cuzco, continuando solo Gonzalo con la empresa.

Anoticiados los collasuyus de la invasión, cortaron el puente del Desaguadero. Las provincias de Consata, Phucu-

na (Pocona) Chichas y otras se confederaron bajo las órdenes del valiente apu *Tiorinaceo*, señor de Consata, y levantaron un ejército de cuarenta mil hombres. Gonzalo Pizarro sólo tenía sesenta.

Con grandes trabajos pudieron reconstruir el puente los españoles, y después de sostener algunos combates de poca significación, llegaron á los valles de *Khochapampa*, donde Tiorinaceo les presentó batalla. Apesar de sus esfuerzos los indios fueron derrotados.

Gonzalo Pizarro recibió un refuerzo que le mandó Hernando, y se situó en Andamarca, donde Tioricaceo le pidió la paz. De allí pasó á *Chuqui-chaca*, población principal de los charcas.

Los charcas acometieron á su vez á los españoles y los sitiaron con tal energía que éstos se tuvieron por perdidos; pero tales prodigios de valor ejecutaron en su desesperación que al fin lograron vencer. Referíase que el apóstol Santiago, patrón de España, se presentó en lo más fuerte de la refriega para decidir la contienda con su espada.

Con la victoria de Chuquichaca, quedó sometido el Collasuyu á los españoles.

FUNDACIÓN DE CHUQUISACA.—Francisco

Pizarro dispuso que las fuerzas de Gonzalo quedasen al mando de Peranzures, á quien encomendó la fundación de una ciudad que fuera cabeza de estas provincias. Anzures erigió la villa de Chuquisaca en el mismo sitio en que existía la población indígena (1539). Llamáronla después sus vecinos *La-Plata* por su inmediación al asiento minero de Porco; y fué poblada por los principales españoles que habían venido al Perú.

Francisco Pizarro en Chuquiapu.—Con el fin de atender inmediatamente los asuntos de Charcas, Francisco Pizarro vino hasta Chuquiapu, donde permaneció algunos días. A su vuelta fué asesinado en Lima por los parciales de Almagro (1541).

CAPÍTULO III

Las ordenanzas de Barcelona; sublevación de Gonzalo Pizarro.—Sucesos de Chuquisaca.—Centeno y Carbajal; "guerra de talones."—Combate de Pocona.—Misión de Gasca; Centeno reorganiza sus fuerzas.—Batalla de Huarina; fin de la sublevación.

Las ordenanzas de Barcelona; sublevación de Gonzalo Pizarro.—Los

conquistadores se apoderaron no sólo de las tierras, sinó también de los indios, á título de doctrinarlos en la religión. Esta apropiación se llamó «encomienda». Los inauditos abusos que los «encomenderos» cometían, llamaron la atención del emperador Carlos V, quien dictó en Barcelona, á influjos del filántropo fray Bartolomé de las Casas, unas célebres ordenanzas encaminadas á reprimirlos (1542). Encargó su ejecución á don Blasco Nuñez de Vela, á quien lo invistió con el título de Virrey del Perú.

Estas ordenanzas causaron profundo disgusto á los conquistadores, y todos dirijieron sus miradas á Gonzalo Pizarro quien trabajaba sus minas de Porco. Pizarro, después de alguna vacilación, cedió á sus instigadores y se arrojó en brazos de la rebelión. Cuando llegó á Lima todo el Perú era suyo.

Sucesos de Chuquisaca.—Los vecinos de Chuquisaca, poco entusiastas por la causa de Pizarro, se reaccionaron, apenas éste dejó el país. Pizarro envió entonces en calidad de gobernador á don Francisco Almendras, hombre de carácter orpe y sanguinario, por lo que provocó una ueva reacción encabezada por don Diego enteno y en la que Almendras fué muerto.

Alonso de Toro, teniente de Pizarro, marchó contra Centeno, quien, apesar de sus empeños, tuvo que dispersar su gente y refugiarse en Chichas, acechando alguna ocasión para volver sobre las armas, como lo hizo en efecto, al retiro de Toro.

CENTENO Y CARBAJAL; «GUERRA DE TALONES».—Gonzalo Pizarro comisionó á don Francisco Carbajal, el más experto de sus capitanes, para que pusiese en orden las cosas de Chuquisaca. Carbajal tan acertadamente llamado el «demonio de los Andes», pasaba entonces de los ochenta años, pero tenía todo el vigor y la actividad de la juventud, era cruel, vengativo y mordaz, y era entre los soldados de la época el más experimentado en la guerra.

Centeno había pasado ya el Desaguadero cuando supo que tenía á su frente á Carbajal. Menos entendido y menos resuelto que éste y viéndose con fuerzas inferiores, optó por la retirada.

Carbajal empezó á picarle la retaguardia desde el Desaguadero hasta Chayanta. Centeno no le llevaba sinó con una corta delantera que su perseguidor no podía ganar. En Chayanta, mediante una hábil maniobra, contramarchó Centeno con dirección al Cuzco; pero Carbajal, otra

vez cerca de él, fué siguiéndolo, hasta que aquél tuvo que dispersar sus fuerzas más allá de Arequipa. Esta campaña, notable por sus mil peripecias y en que los enemigos se ponían á la vista todos los días sin poder irse á las manos, se ha llamado en la historia, la «guerra de talones».

COMBATE DE POCONA.—Lope de Mendoza, teniente de Centeno, se retiró á *Pocona* á organizar nuevas fuerzas. Carbajal no tardó en ponérsele á su frente. El choque fué inevitable. Pelearon de noche y la suerte favoreció á Carbajal. Desbandada la gente de Mendoza, el «demonio de los Andes», pasó á Chuquisaca y Potosí, que ya era un pueblo de consideración, castigó cruelmente á los enemigos de Pizarro, y regresó después á Lima á reunirse con su caudillo.

MISIÓN DE GASCA; CENTENO REORGANIZA SUS FUERZAS.—Anoticiado el emperador Carlos V de la sublevación de Pizarro, envió al licenciado don Pedro de la Gasca en calidad de gobernador para que pusiese en paz al Perú. La presencia de Gasca, las crueldades de Carbajal y la debilidad de carácter de Pizarro, enajenaron á éste todos sus prestigios, y sus partidarios empezaron á desbandarse. Diego Cen-

teno reorganizó sus fuerzas, se apoderó audazmente del Cuzco y se dirijió á Charcas.

En tal situación, Pizarro se vió precisado á abandonar Lima para hacerse fuerte en el sud; pero como Centeno le tenía cerrado el paso, le propuso que le dejara retirarse á Chile ú otra región lejana. Centeno, seguro de acabar con el rebelde, no accedió, marchó á su encuentro, y en Huarina se avistaron ambos ejércitos.

Batalla de Huarina; fin de la sublevación.—Todas las probabilidades del triunfo se hallaban á favor de Centeno, que contaba con cerca de mil hombres, mientras que la fuerza de Pizarro no llegaba á quinientos; pero la táctica y pericia de Carbajal que dirijió el combate superó al número, y Centeno fué derrotado (Octubre 20 de 1547). Esta batalla fué una de las más reñidas y sangrientas de cuantas hubo en esos tiempos.

Mas, la buena estrella de Pizarro sólo había brillado momentáneamente. Gasca lo atacó poco después en Sajsahuana, donde sucumbió para siempre el partido de los Pizarros, Hechos prisioneros Gonzalo y Carbajal, fueron ajusticiados (1548).

CAPÍTULO IV

Descubrimiento de Potosí.—Fundación de La Paz.—Expedición de Nuflo de Chavez.—Alzamiento de don Sebastián de Castilla.—Muerte de Castilla; misión de Alvarado.—Caracteres de la conquista española.—Introducción del catolicismo.

DESCUBRIMIENTO DE POTOSÍ.—Coincidió con la rebelión de Pizarro el descubrimiento de las minas de Potosí, que tuvo lugar un día jueves á mediados de Enero de 1545, por el indio Huallka, natural de Chumbivilleas, de oficio traginero en el asiento mineral de Porco. Huallka, comunicó su descubrimiento á otro indio llamado Huanca, natural de Jauja, con quien poco después tuvo una desavenencia, la que ocasionó que Huanca revelase el secreto de esta fortuna á su amo el capitán don Juan de Villarroel. Este tomó posesión del cerro y comenzó á explotarlo en compañía de don Diego Centeno. Las vetas más famosas fueron la «Rica», la «Descubridora de Centeno» y la «Mendieta».

Pronto se pobló Potosí de españoles,

llegando á ser la villa de más nombrandía que ha existido en América, y su cerro el más considerable emporio de riquezas del mundo.

Fundación de La Paz.—Después de la batalla de Sajsahuana, Gasca encargó al capitán Alonso de Mendoza la fundación de una ciudad en el valle de Chuquiapu, en memoria de la paz que habían alcanzado los disturbios del Perú. Gasca, recordando una frase de Tácito, recomendó á Mendoza que estableciese la nueva población «con mayor número de buenas costumbres que de leyes». Mendoza principió la fundación el 20 de Octubre de 1548, primer aniversario de la batalla de Huarina, dándole el nombre de «Nuestra Señora de La Paz», pero por mucho tiempo sólo se la llamó el «Pueblo Nuevo».

Una de las causas principales que determinó la elección del valle de Chuquiapu para la edificación de la ciudad, fué su posición céntrica entre el Cuzco, Arequipa y Chuquisaca.

Expedición de Nuflo de Chavez.—En 1548 tuvo lugar la expedición más famosa de esos tiempos, después de la verificada por Orellana en el río Amazonas. Don Nuflo de Chavez, partió con tropas desde el río Paraguay hacia Charcas,

atravesó la región del Chaco en toda su vasta extensión, avanzó hasta el Cuzco donde platicó con Gasca, y volvió después por la misma ruta, sin ninguna novedad.

ALZAMIENTO DE DON SEBASTIÁN DE CASTILLA.—Apesar del tino administrativo de Gasca y de la severidad de su gobierno, no se extinguió el espíritu de revuelta en los castellanos. Vasco de Godines y Egas de Guzmán, soldados belicosos, empezaron á conspirar, instigando al general don Pedro de Hinojosa, corregidor de Charcas y uno de los hombres más ricos de su tiempo á que los presidiera; pero viendo su irresolución, eligieron por jefe á don Sebastián de Castilla, segundón del conde de la Gomera, joven codicioso y disipado, falto de carácter y por lo mismo y por los prestigios de su nombre, el más adecuado para servir á sus miras.

La conjuración estalló en Chuquisaca en la madrugada del 6 de Mayo de 1553. Penetraron los conjurados en la casa de Hinojosa, le dieron una muerte cruel y salieron luego á la plaza gritando: «¡Viva el Rey, muerto es el tirano».

Egas de Guzmán que se había situado en Potosí, secundó inmediatamente el movimiento de Chuquisaca.

Castilla se proclamó capitán general y

justicia mayor y envió una expedición sobre La Paz, al propio tiempo que Egas de Guzmán destacó otra sobre la misma ciudad; pero, puestas en contacto en el camino ambas expediciones, se reaccionaron, plegándose á las fuerzas del correjidor de La Paz, mariscal don Alonso de Alvarado.

MUERTE DE CASTILLA; MISIÓN DE ALVARADO.—Por este y otros sucesos cundió la anarquía en Chuquisaca. Castilla que era impotente para dominarla, perdió la adhesión de sus cómplices, y el intrigante Vasco Godines acabó por coserlo á estocadas, exponiendo en seguida su cadáver en la plaza (Mayo 11 de 1553). A la reacción de Chuquisaca siguió la de Potosí, y Egas de Guzmán corrió la misma suerte que Castilla.

Entretanto, el mariscal Alvarado había sido comisionado por la Audiencia de Lima para restablecer el orden en Charcas. Alvarado ejerció su misión sembrando el espanto en Potosí y Chuquisaca, al punto de hacerse llamar el «Nerón» por los mismos suyos. No dió cuartel á nadie. Por el espacio de cuatro meses se succedieron las ejecuciones y otros castigos, y no se suspendió esta época de terror sino á la noticia de la sublevación de Hernandez Girón en el Cuzco, á donde marchó

con sus fuerzas, cabiéndole la mala suerte de ser derrotado en *Chuqui-inca*, contraste que le afectó tanto, que á poco murió de pesadumbre. La sublevación de Girón sucumbió sin embargo en *Pucara*, y con este hecho quedó asentada la paz entre los conquistadores.

CARACTERES DE LA CONQUISTA ESPAÑOLA.—La empresa de subyugar la poderosa nación peruana por un puñado de valientes, será siempre un título de inmarcesible gloria para los que la acometieron; pero tan brutalmente explotaron después su triunfo que toda la admiración que despiertan sushazañas, queda osbcurecida por el sentimiento de aversión que inspiran las crueldades del vencedor y por el sentimiento de lástima que inspiran los martirios del vencido. Los españoles solo querían oro, y á este fin sacrificaron el porvenir de los pueblos conquistados y luego el suyo propio, matándose entre ellos, en odiosa disputa, por arrebatarse los ensangrentados despojos de su víctima. El poeta español Quintana ha querido disculparlos diciendo:

«Su atroz codicia, su implacable zaña,
Crimen fueron del tiempo, no de España».

INTRODUCCIÓN DEL CATOLICISMO.—Los

conquistadores trajeron la religión católica en la punta de la espada. Con poquísimas excepciones, toda la cohorte de frailes que seguía á los soldados españoles en sus aventuras, trató de conquistar almas para el cielo por los mismos medios de violencia con que aquéllos ganaban tierras para su soberano. Este sistema, con el que no se tocaba el corazón de los naturales, ni se encendía la llama de la fé, solo produjo cristianos por temor ó por cálculo, y ha dejado una herencia de trabajo árduo y perseverante para los que, posteriormente, asumieron el papel de verdaderos apóstoles evangélicos.

CUARTA ÉPOCA

El Coloniaje

CAPÍTULO I

Régimen colonial.— Creación de la Audiencia de Charcas.—Gobierno de don Francisco de Toledo.—Potosí y la "Mita".— Fundación de Cochabamba.—Id. de Tarija.—Id. de Santa Cruz de la Sierra.—Id. de Oruro.—Erección de obispados.

RÉGIMEN COLONIAL.—Pasado el período de disturbios, que constituye la época final de la conquista, España se contrajo á la organización de sus colonias, que había de poseerlas por el espacio de tres siglos (1533—1824).

Un tribunal supremo constituido en España con el título de *Consejo de Indias*, atendía los asuntos de las colonias. A este consejo se debe la «Recopilación de Indias», código de leyes que rigió en la América española.

Las colonias se dividieron en virreynatos y en capitanías generales y audiencias

anexas á los virreynatos. Cada circunscripción territorial ó provincia, estaba gobernada por un correjidor.

Creación de la Audiencia de Charcas.—En 1559 se erigió la Audiencia de Charcas con asiento en Chuquisaca y dependiente del virrey de Lima, y fué su primer presidente don Pedro Ramírez de Quiñones. Se extendía su jurisdicción á la provincia del Tucumán, al Paraguay á todo lo que ahora comprende el departamento peruano de Puno; y el cabildo de Chuquisaca gozaba de las mismas preeminencias que el de Sevilla.

Gobierno de don Francisco de Toledo.—De los treinta y seis virreyes del Perú, á cuya autoridad se halló sujeta la Audiencia de Charcas, el que más diestramente administró el país fué don Francisco de Toledo, de los condes de Oropeza (1569—1581). Recorrió el territorio durante dos años; promulgó en Chuquisaca las «Ordenanzas de Minería»; fundó las ciudades de Cochabamba y Tarija; dictó leyes para los indios sobre la base de las leyes khesshuas; fijó los tributos; dividió el país en provincias; dejó asentado el derecho del «Patronato»; regularizó la administración; acrecentó la hacienda y estableció la paz firmemente.

Potosí y la «Mita».—Las fabulosas producciones del cerro de Potosí, al que un cronista llama «mónstruo de riqueza», atrajeron toda la atención de los gobiernos coloniales. Don Francisco de Toledo comprendiendo que en sus rendimientos estribaba la vida rentística de la Metrópoli, empeñada entonces en costosísimas guerras, ideó el medio de fomentar su explotación proporcionando trabajadores á los mineros, y creó la *mita*.

Mita quiere decir, turno. Toledo empadronó cerca de ochenta mil indios repartidos en distintas poblaciones hasta las ciento cincuenta leguas de Potosí, y señaló de esta masa la séptima parte como la cuota anual de trabajadores que debían asistir al laboreo de las minas. Según este sistema, entrando el indio á ser tributario desde los dieziocho años hasta los cincuenta, tenía que emplear cinco años de mita y en los cinco, dieziseis meses de trabajo.

Tal institución, que se mantuvo durante todo el coloniaje, causó la pérdida de cerca de ocho millones de indios, que perecieron víctimas del trabajo y de la intemperie.

Fundación de Cochabamba.—El virey Toledo comisionó al capitán don Ge-

rónimo de Osorio, la fundación de una ciudad en los hermosos valles de Khochapampa, la que se llevó á cabo en el sitio de Kanata (1570). Mas, como ese lugar no fuese aparente, la Audiencia de Charcas dió nueva comisión á don Sebastian Barba de Padilla, quien echó los cimientos de la ciudad en el punto donde actualmente se halla Cochabamba, con el nombre de *Villa de Oropesa*, en homenaje al virrey (Enero 1.º de 1574). Por mucho tiempo se llamó así, hasta que recobró su nombre primitivo.

FUNDACIÓN DE TARIJA.—La ciudad de Tarija fué fundada en el mismo año que la de Cochabamba, por don Luis de Fuentes (Julio 4 de 1574). Puso empeño el virrey Toledo para la edificación de esta ciudad y la de Tupiza, con el fin de contener las invasiones de los indios chirihuanos

FUNDACIÓN DE SANTA CRUZ DE LA SIERRA.—Don Lorenzo Suarez de Figueroa fundó en 1595, con autorización del virrey don Hurtado de Mendoza, la ciudad de San Lorenzo de la Frontera, que se hizo capital de la provincia de Santa Cruz de la Sierra, tomando en adelante este nombre.

FUNDACIÓN DE ORURO.—Por conse-

—

cuencia de la pros
las minas del gr
Uru, en los llanos
Padilla fundó al p
villa de San Feli
quedado con el no

ERECCIÓN DE
do de Chuquisaca
1551, y fué su pri
de San Martín.
Cruz, más comu
de Mizque ó la
1605. El obispa
en 1609. En ese
la Plata ascendió
su primer arzobis
fray Luis Lopez de
sufragáneos los
el Tucumán, Para

CAP

Reducciones.—G
Vascongados.
Alonso de Y
mestizos.—Id.
—Conjuración
diencia de Ch
virreynato de

REDUCCIONES.—

vastas regiones habitadas por las tribus salvajes de los chunchos y chirihuanos, preocupó constantemente á los españoles. Desde 1561 hasta 1566 expedicionaron succesivamente á descubrir y colonizar el territorio de Mujus, poblado por los chunchos, los capitanes Juan de Nieto, Antonio de Gastos, Diego Alemán, Juan Alvarez Maldonado y Gomez de Tordoya, sin que ninguno hubiese podido lograr su intento. Posteriormente, desde 1615 hasta 1638, don Pedro de la Egui y Urquiza, ó Egúsquiza, se consagró á esa conquista, y gastó de su peculio más de doscientos mil pesos, sin ningún fruto.

El capitán don Andrés de Manzo, emprendió en 1556 la reducción de los chirihuanos. Estableció las poblaciones de la Barranca y de la Nueva Rioja; pero los indios se le sublevaron, arrazaron las poblaciones y le dieron muerte. Su compañero el célebre don Nuflo de Chavez corrió idéntico fin.

La reducción de los chunchos y chirihuanos llegó á hacerse, pues, una empresa imposible, y todo cuanto se avanzó en adelante fué debido á las misiones de religiosos, agustinos, jesuitas y franciscanos, que á costa de sagacidad y paciencia sometieron un buen número de tri-

bus salvajes. Las misiones jesuitas, sobretodo, establecidas con empeño y sabiduría, alcanzaron un alto grado de progreso, digno de tan extraordinaria congregación.

Guerras de Vicuñas y Vascongados.—A la par de sus riquezas ofreció Potosí, desde su descubrimiento, escándalos y disturbios incesantes. Como los vascongados hubiesen llegado á apoderarse de casi todos los destinos públicos y á adquirir grandes riquezas, despertaron la emulación de los demás españoles, los cuales, unidos á los *criollos*, les declararon guerra sin cuartel. Usaban, como distintivo, sombreros de lana de vicuña, de donde les vino el nombre de *Vicuñas*, y los vascongados adoptaron por divisa un pañuelo blanco á guisa de toquilla.

La lucha fué tenaz, encarnizada, con asesinatos, robos y otros crímenes, sin que la autoridad pudiese impedirla, á pesar de su diligencia. Ella duró más de cien años, costó un gran número de víctimas, hubo batallas formales, se gastaron muchos millones y fué harta en episodios y lances heroicos. Se aplacó desde 1624—en que el general de los Vicuñas, don Francisco del Castillo, casó á su hija única, doña Eugenia, con don Pedro Oyanume, hijo

del general de los Vascongados, don Francisco, llevándole setecientos mil pesos de dote,—hasta 1636, en que recrudeció, prolongándose por el espacio de cuarenta años más.

CONSPIRACIÓN DE ALONSO DE YAÑEZ.—Por el año de 1612, un hidalgo, don Alonso de Yañez, organizaba una séria conspiración en Potosí para desconocer la autoridad real. Tuvieron conocimiento de sus trabajos el Prior de San Agustín y otro fraile, los que denunciaron el hecho; y Yañez y sus compañeros pagaron su intento con sus cabezas.

SUBLEVACIÓN DE MESTIZOS.—Los mestizos ó *cholos* de La Paz, encabezados por Antonio Gallardo, alias el *Philinco* se sublevaron el 1.º de Diciembre de 1661, dando muerte al correjidor don Cristóval Canedo y varios oficiales y entregándose al robo y otros excesos. Parecía tomar las trazas de una guerra social, cuando el alcalde de la ciudad, don Agustín Zegarra de las Roelas contuvo con energia el tumulto, castigó severamente á los principales cabecillas y recobró la plata y alhajas saqueadas. Gallardo pudo salir de La Paz con alguna fuerza, y se dirijió á Puno, donde murió en el asalto que dió á esa ciudad.

SUBLEVACIÓN DE ALEJO CALATAYUD.—Con el propósito de impedir que los indígenas contribuyentes se eximiesen de su obligación alegando ser mestizos, el virrey Marqués de Castelfuerte, ordenó en 1730, una nueva revisita de tributos. La verificaba en los valles de Cochabamba don Manuel Benero y Balero, cuando se esparció la voz de que en el empadronamiento debían ser incluidos los mestizos.

Este rumor que las autoridades trataron de desvanecer, impresionó fuertemente al vecindario, y un platero, Alejo Calatayud, hombre de carácter, se puso á la cabeza de los cholos y se hizo dueño de la ciudad á la voz de «¡Viva el rey, y muera el mal gobierno». (Noviembre 29 de 1730).

El alcalde don Juan Matías de Gardoguí quiso restaurar el orden con cuarenta españoles armados; pero los sublevados lo rechazaron matándole dieziocho hombres. El Visitador se esforzó por sincerar el objeto de su misión, pero sin éxito. Entonces intervino el clero, y no siendo aún bastantes sus influencias, se reunió el Cabildo. Calatayud le impuso que se sometiera á sus determinaciones y declaró que sólo los criollos ejerciesen cargos públicos. En esta virtud y á indicación

suya, fueron nombrados alcaldes, don José Mariscal y don Francisco Rodríguez Carrasco. Calatayud tenía á la sazón dos mil hombres. Pero Rodríguez Carrasco usó de perfidia con él y lo hizo preso, desbaratando de este modo la insurrección que iba tomando cada día más cuerpo. El valeroso caudillo sufrió, pues, la pena de garrote (Enero 31 de 1731) Su cadáver fué hecho cuartos, se colgó en la horca uno de sus brazos con un bastón en la mano, y su cabeza fué remitida á Chuquisaca. Carrasco hizo ahorcar, además, á los principales compañeros de Calatayud, y llegó el número de víctimas á veintiocho.

Conjuración de Vela.—En 1739, algunos vecinos de Oruro, presididos por don Juan de Vela de Córdova, se conjuraron con el propósito de cortar los abusos de autoridad de que era víctima el pueblo, y redactaron un «manifiesto de agravios» para hacerlo circular en los demás correjimientos; pero Bernardo de Ojeda, que se encontraban en el secreto, denunció el hecho ante el correjidor don Martín de Espelete, quien aprehendió á los conjurados y les hizo sufrir la pena capital. El traidor Ojeda recibió en premio de su perfidia el cargo de Protector de indios.

Alonso de Yañez, Antonio Gallardo, Alejo Calatayud y Juan de Vela de Córdova, pueden ser considerados como los precursores de la independencia.

La Audiencia de Charcas se incorpora al virreynato de Buenos Aires.—Constituido el virreynato de Buenos Aires en 8 de Agosto de 1776, la real cédula de esa fecha mandó que fuesen incorporados á él todas las provincias sujetas á la Audiencia de Charcas, segregándolas del virreynato de Lima. Esta separación se efectuó sin ningún embarazo y sin causar graves entorpecimientos á la administración.

CAPÍTULO III

El gran alzamiento de indios; los Cataris.—Sucesos de Oruro; Sebastián Pagador.—Sublevación de Julián Apasa; cerco de La Paz.—Cerco de Sorata.—Fin del gran alzamiento; Suplicio de Tupaj Catari.

El gran alzamiento de indios; los Cataris.—Tomás Catari, indio principal de Macha, no habiendo encontrado justicia ni en Potosí ni en Buenos Aires, has-

ta donde fué á quejarse contra los vejámenes que sufriera del gobernador de las comunidades don Blas Bernal, resolvió alcanzarla de sus manos; y propagó con este fin que había obtenido del rey la rebaja de los tributos. El correjidor don Joaquin de Alós, lo remitió preso á Potosí. Entonces sus hermanos, Dámaso y Nicolás Catari, se tumultuaron en Macha y degollaron á Bernal, y poco después cuando se formaba en Pocoata el padrón para la mita de Potosí, prendieron á Alós y otros españoles (Agosto 12 de 1780). Sólo pudo escapar el cura Arzadum, quien se dirijió á Chuquisaca para cangear la libertad del correjidor con la de Tomás Catari.

Una vez libre Catarí, se puso á la cabeza de los insurrectos y propagó el alzamiento por los pueblos de Charcas, Oruro, Cochabamba y La Paz. La Audiencia despachó fuerzas para prender á Catari. El capitán Manuel Acuña, al frente de una partida, lo consiguió; pero como los indios se precipitasen sobre él y los suyos para salvar á su caudillo, fueron inmediatamente muertos Catari y su secretario, acción que los victimarios pagaron á seguida con sus vidas (Enero 9 de 1781).

Dámaso y Nicolás Catari asumieron el mando: rechazaron á las fuerzas del comandante Ignacio Flores, ocuparon los pueblos de Pitantora, Quilaquila y Potolo, y cercaron Chuquisaca con doce mil indios.

Todo el vecindario se puso en armas, llegando al número de cuatro mil los combatientes, que atacaron en dos ocasiones á los sitiadores, matándoles mas de quinientos indios.

En esto, la Audiencia ofreció el premio de dos mil pesos por la cabeza de cada uno de los Cataris. Los venales indios de Pocoata entregaron preso á Dámaso, que fué ajusticiado (Abril 7). Los indios de Aullagas movidos por el mismo incentivo hicieron lo propio con Nicolás que corrió idéntico fin (Mayo 7).

Sucesos de Oruro; Sebastián Pagador.—Entretanto, las autoridades de Oruro, amenazadas por los indios de sus provincias, habían acuartelado trescientos hombres del pueblo para su resguardo. Estos, lejos de disponerse á la defensa, se alborotaron á la voz de Sebastián Pagador, mestizo popular é intrépido que los exitó á la sublevación protestando contra las autoridades europeas (Febrero 10). Las autoridades tuvieron que asilarse en una

casa de la plaza del Regocijo, la que fué tenazmente atacada y luego incendiada, pereciendo en ella casi todos los refugiados y escapando apenas el correjidor.

Atraidos á Oruro los indios por estos acontecimientos, prosiguieron su obra de devastación, que no se contuvo sino cuando el correjidor de Cochabamba don Félix Villalobos logró batirlos en las alturas de Arque y Tapacarí y penetrar después en Oruro.

SUBLEVACIÓN DE JULIÁN APASA; CERCO DE LA PAZ.—La sublevación de los Cataris había sido seguida en el Cuzco por un descendiente de los incas llamado José Gabriel Tupaj-Amaru, quien dirigió comunicaciones á aquéllos, las que fueron interceptadas por Julián Apasa, indio sacristán de Ayoayo.

Apasa no sabía leer ni escribir; pero era un sujeto de gran carácter y de clara inteligencia. Explotando las cartas de Tupaj-Amaru, se invistió del título de «virrey del Perú», tomó el nombre de *Tupaj-Catari*, se asesoró del mestizo paceño Bonifacio Chuquimamani, «ladino y afilosofado como todos los de esa mezcla» según dice un cronista, y dió principio á su campaña. (Marzo, 1781).

Con ochenta mil indios, después de ha-

ber ocupado Puno con ventaja, cercó La Paz, que la defendía el brigadier don Sebastián de Segurola. El asedio fué obstinado, encarnizado, con invasiones frecuentes á la ciudad, con incendios de casas, matanzas y combates cuotidianos. La defensa, á su vez, era enérgica, desesperada y bien dirigida. Dos divisiones, la una de quinientos hombres mandada por Gavino Quevedo y la otra de mil mandada por Ayarza, y que habían partido de Cochabamba y Oruro en auxilio de La Paz, fueron batidas por los indios. Desesperaba ya la ciudad con ciento nueve días de asedio, en que era presa, además, del hambre y de la peste y en que Tupaj-Catari le había tomado cinco cañones y otros elementos, cuando una fuerza de dos mil hombres, mandada por la Audiencia y dirigida por el comandante Ignacio Flores, arremetió á los indios y, rompiendo el cerco, se abrió paso á la ciudad (Julio 1.º)

Este oportuno socorro reanimó el espíritu de los sitiados; pero nuevas embestidas de Tupaj-Catari y nuevas ventajas por él alcanzadas, pusiéronlos otra vez en situación apretada, y como cundiese la desmoralización en la gente de Flores, éste se vió precisado á retirarse á Oruro en demanda de mayores refuerzos, con lo que

se restableció el cerco, que se prolongó por setenta y tres días más.

Cerco de Sorata.—Entretanto la sublevación de Tupaj-Amaru en el Cuzco se había extinguido, sufriendo este caudillo uno de los suplicios más bárbaros de que hace mención la historia; y un pariente suyo, Diego Cristóval, se había retirado con el resto de sus tropas á las provincias de La Paz. En ellas reforzó su hueste, y con catorce mil hombres puso sitio á Sorata, que servía de refugio á los blancos y sus caudales. No pudiendo tomar la población por las armas, represó las aguas que caen del Illampu, y rompiendo después el dique las precipitó sobre las trincheras. La inundación fué formidable: duró por el espacio de cinco días, aterrorizó á los habitantes que dejaron de atender á su defensa, y Tupaj-Amaru aprovechó del pánico para devastar el pueblo y hacer cerca de veinte mil víctimas.

Fin del gran alzamiento; suplicio de Tupaj-Catari.—El segundo cerco de La Paz lo sostenía una mujer famosa, la Bartolina Sisa, esposa ó concubina de Tupaj-Catari, quien corrió muchas peripecias durante esta campaña.

Con el ejemplo de Sorata, los sitiadores

represaron á su vez en Achachi-kala, el río Chuqui-apu, pero el dique reventó antes de tiempo cargando con los trabajadores. Sin embargo, la inundación fué impetuosa, llegó á subir en partes á veinte varas, rebasando por los tres puentes de piedra que entonces tenía la ciudad y destruyendo totalmente el de San Francisco y muchas casas de la ribera (Octubre 12). Para bien de La Paz, pasados cinco días, llegó el teniente coronel don José Reseguin con un ejército de siete mil hombres, después de haber derrotado en Yaco á los caudillos Muyu-Puraca y Khespi, y puso en dispersión á los sitiadores.

Tupaj-Catari capturado por una traición en Chinchaya, fué llevado á Peñas, donde lo sentenciaron á morir en la misma forma que Tupaj-Amaru: atado vivo por pies y manos á las cinchas de cuatro caballos que debían partir por direcciones opuestas, fué destrozado en medio de horribles padecimientos (Noviembre 5). Su cabeza fué llevada á La Paz, y el tronco y miembros se colocaron en las entradas del alto de esta misma ciudad.

Este fué el último episodio de la desesperada guerra de razas, que ensangrentó el suelo alto-peruano durante los años 1780 y 1781, y que costó más de cuaren-

ta mil víctimas á los españoles y un número mucho mayor á los indios. Otro habría sido el resultado de semejante contienda, si los indios hacen causa común con los criollos, si tratan con menos rencor á los españoles y si invocan los intereses de todos los americanos; pero una guerra con tal espíritu se iba preparando en el corazón de los hombres y con ella debía inaugurarse el siglo XIX.

CAPÍTULO IV

Reyes que tuvo España durante el coloniaje.—Política colonial.—La universidad de Chuquisaca.—Alto-peruanos notables.—División territorial.

REYES QUE TUVO ESPAÑA DURANTE EL COLONIAJE.— En los 291 años que la América fué colonia de España, se sucedieron en ésta diez reyes, que fueron: Carlos I ó Emperador Carlos V de Alemania, Felipe II, Felipe III, Felipe IV, Carlos II, Felipe V, Fernando VI, Carlos III, Carlos IV, José Bonaparte y Fernando VII. Mientras gobernó José Bonaparte, la legítima autoridad de España estaba representada por una corporación que se llamó «Consejo de Regencia», que

estableció su residencia en la isla de León (Cadiz) y con la cual se entendían todas las autoridades coloniales.

Política colonial.—La política de España no fué propicia al progreso y bienestar de sus colonias. Era prohibido todo comercio con los extranjeros: no se podía cultivar plantas que se cosechaban en la metrópoli: la sola industria decididamente fomentada era la minería: sólo los españoles ó los hijos de ellos podían ejercer cargos públicos: los correjidores tenían el privilegio de vender mercaderías á los indios de su jurisdicción; la instrucción estaba limitada y desatendida, y eran considerables las gabelas que pesaban sobre el pueblo, principalmente sobre los indígenas. Aparte de esto, las autoridades que venían de España más á especular que á ejercer con probidad las funciones de su gobierno, hacían aún más odiosa la dominación de la península. No faltaron, sin embargo, honrosas excepciones, y puede decirse en justicia, que prescindiendo de las ideas restrictivas con que los gobiernos de España regían sus colonias, el sentimiento de estos fué benigno para los americanos.

Al iniciarse la guerra de la independencia, el Alto-Perú que había sido el ma-

yor contribuyente de los tesoros reales, presentaba un grado inferior de prosperidad respecto de las demás colonias y podía hacer el inventario más extenso de los sufrimientos de la esclavitud.

La Universidad de Chuquisaca — De las pocas instituciones creadas por el gobierno colonial, merece citarse la Universidad de San Francisco Javier de Chuquisaca, el más renombrado centro intelectual de la América á cuyas aulas acudía la juventud desde Quito, Lima y Buenos Aires, y que le hizo merecer á Chuquisaca el título de la *Atenas americana*. Fué fundada en 1623, y gozaba de los mismos honores y prerrogativas que la de Salamanca.

Alto-peruanos notables.—El Alto-Perú fué fecundo en producir hombres eminentes por su saber y sus virtudes.

Entre los que brillaron por sus conocimientos literarios, podemos citar al P. *Antonio de la Calancha*, el más elegante y discreto cronista de su siglo (1584—1654), al erudito P. *Gerónimo de Acebedo*, y á don *Gaspar de Escalona y Agüero*, autor del «Gazofilacio, etc». (1647) célebre tratado hacendario y administrati o, tenido como autoridad para deslindar l s cuestiones que se suscitaban.

También merecen particular mención: fray *Bernardino de Cárdenas*, varón de rara virtud, de quien se cuentan muchos milagros, obispo célebre del Paraguay, de Santa Cruz y La Paz, y que alcanzó de la Santa Sede la concesión para América de poderse celebrar tres misas en el día de Difuntos; el canónigo *Alonso Corvera de Zárate*, que introdujo la costumbre de que en el día de Quasimodo se lleve el viático á los enfermos, y fray *Miguel de Aguirre*, que gozó de valimiento en la corte de Felipe IV y en Roma.

A muchos otros más podríamos citar, como á don *Rodrigo de Orosco*, marqués de Mortara, que mandó en jefe el ejército español en el Rosellón, batiendo á los franceses (1644), y que fué virrey en las guerras de Cataluña, debiéndose á él todas las ventajas que España pudo alcanzar en el tratado de los Pirineos.

DIVISIÓN TERRITORIAL.—Antes de iniciarse la guerra de la independencia, el Alto-Perú se hallaba dividido por una ordenanza en cuatro *provincias*, regidas por gobernadores-intendentes, á saber: *Charcas*, *La Paz*, *Potosí* y *Santa Cruz*. El gobernador intendente de Charcas, era á la vez presidente de la Real Audiencia.

Las provincias estaban subdivididas en *partidos* y gobernadas por *subdelegados*.

Los territorios de *Mojos* y *Chiquitos* dependían inmediatamente de la Audiencia; el distrito de *Cochabamba* pertenecía á Santa Cruz; el de *Tarija* á Potosí, y la provincia de La Paz se extendía á los partidos, hoy peruanos, de *Lampa*, *Carabaya* y *Azángaro*: (Ordenanza de Enero 28 de 1782).

QUINTA ÉPOCA

Guerra de la independencia

CAPÍTULO I

Antecedentes.—Insurrección de Chuquisaca.—Pronunciamiento de La Paz.—Los Protomártires.

ANTECEDENTES.—La España que había manifestado francamente sus simpatías por la causa de la emancipación norte-americana, presintió que sus colonias seguirían muy pronto el ejemplo de las inglesas; pero cuando se apercibió del peligro, se hallaba envuelta en la anarquía, su territorio se encontraba ocupado por los ejércitos de Napoleón, y los partidos creados por esta situación sólo pretendían buscar la adhesion de América para sus particulares intereses.

Un bajo-peruano, tan intrigante como pérfido, don José Manuel de Goyeneche, se prestó á servir de agente de todos éllos; y triplemente inteligenciado con los lugartenientes de Napoleón, con la Junta de Sevilla y con la infanta doña Carlota del Brazil, insinuó en Chuquisaca las pretenciones de doña Carlota.

Insurrección de Chuquisaca.—Los trabajos de Goyeneche ocasionaron un desacuerdo entre las autoridades. El pueblo se puso del lado de la Audiencia, contraria á aquella propaganda que el Presidente Pizarro parecía aceptar, y se tumultuó apresando al presidente (Mayo 25 de 1809).

Este movimiento en que jugaron un simpático papel los hermanos Zudañez, dió margen á que algunos hombres de Chuquisaca, de corazón fuerte é ideas avanzadas, lo tornasen en preludio de una revolución; y al impulso de esta mira se desparramaron por el virreynato á propagar como apóstoles la buena nueva, el principio de libertad, que habían llegado á amar al absorver los efluvios de la filosofía y de la revolución francesas. Monteagudo fué á Potosí, Alzérreca y Pulido á Cochabamba, Michel y Mercado á La Paz y Moreno á Buenos Aires.

Pronunciamiento de La Paz.—El pueblo de La Paz se manifestó antes de los sesenta días, ejecutando una revolución popular, definida y resuelta, El día 16 de Julio asaltó el cuartel de veteranos, prendió á sus oficiales, pidió en seguida cabildo abierto, depuso en él al gobernador Dávila, al obispo La Santa y otras au-

toridades, hizo elección de nuevos cargos, abolió las deudas fiscales, quemó en la plaza los documentos que las acreditaban, y creó, días después, una junta de gobierno, llamada *Tuitiva*, presidida por don Pedro Domingo Murillo, quien fué reconocido, á la vez, como jefe de armas. A poco se disolvió la junta para dar más nervio y rapidez á la acción militar.

Esta revolución de grandísima trascendencia, primer grito de emancipación lanzado en el continente, promoviéronla unos pocos varones, audaces y exaltados, entre los que descollaban, Murillo, popular y enérgico, y los Lanzas (Gregorio y Victorio), las cabezas más sólidamente imbuidas en los principios de la libertad.

Los Protomártires.—El virrey del Perú, temeroso de que la chispa revolucionaria cundiese en sus dominios, se apresuró á sofocar el movimiento de La Paz, destacando con este fin, un ejército de cinco mil hombres al mando de Goyeneche. Murillo se preparó á la resistencia con ochocientos patriotas.

En esto se dejaron sentir los trabajos reaccionarios de los realistas habilmente fomentados por Goyeneche, lo que obligó á Murillo á hacer salir sus tropas á las alturas de Chacaltaya, no quedando él sino

con dos compañías. Pero la reacción estalló con estas, encabezada por don Juan Pedro de Indaburu, segundo jefe del batallón de milicias, quien apresó á Murillo y alzó cinco horcas para los revolucionarios, alcanzando á colgar en una de ellas á don Pedro Rodríguez (Octubre 15). Anoticiadas de este suceso las tropas acampadas en Chacaltaya, descendieron á la ciudad sin pérdida de tiempo, tomaron sus trincheras en cuya defensa murió Indaburu, colgaron el cadáver de éste en la misma horca que sirvió á Rodríguez, restablecieron el orden de cosas y tornaron á su campamento juntamente con Murillo. Diez días después, el ejército de Goyeneche acometió á las fuerzas patriotas y las destrozó en breve tiempo (Octubre 25). El jefe realista entró vencedor en La Paz.

Los dispersos de Chacaltaya, conducidos por Victorio Lanza y el gallego Castro, se retiraron á Yungas. Una fuerte división destacada por Goyeneche al mando de don Domingo Tristán, los derrotó en Irupana (Noviembre 11). Lanza y Castro, que cayeron en manos del vencedor, pagaron con sus cabezas su amor á la libertad.

Las partidas realistas prendieron á los

principales cabecillas de la revolución, y el 29 de Enero de 1810, sufrieron la última pena Pedro Domingo Murillo, Basilio Catacora, Buenaventura Bueno, Melchor Jimenez, Mariano Graneros, Juan Antonio Figueroa, Apolinar Jaen, Gregorio Lanza y Juan Bautista Sagárnaga, cuyas memorias han pasado á la posteridad con el glorioso dictado de los «Protomártires de la independencia».

Murillo al subir á la horca, se irguió con arrogancia y exclamó, dirigiéndose al pueblo, que lo contemplaba conmovido: «la tea que dejo encendida, nadie la podrá apagar».

Reto y profesía á la vez estas palabras, tuvieron su resonancia en el corazón de los americanos, y antes de cuatro meses, Buenos Aires, la capital del virreynato, derrocó la autoridad real y envió su primer ejército auxiliar para la libertad de los alto-peruanos (Mayo 25).

CAPÍTULO II

Revolución de Cochabamba; victoria de Aroma.—Primer ejército auxiliar argentino.—Las hordas de Puma-Khahua.

REVOLUCIÓN DE COCHABAMBA; VICTO-

RIA DE AROMA.—En la revolución de Buenos Aires habían tomado parte principal muchos personajes alto-peruanos, cochabambinos y chuquisaqueños los más, á cuyos influjos se debió que su junta gubernativa atendiese de preferencia la causa de la libertad en el Alto-Perú.

Cochabamba se apresuró á secundar el movimiento de Buenos Aires, reconociendo la autoridad de aquella capital y armando numerosas guerrillas (Septiembre 14 de 1810). Presidieron esa revolución don Francisco del Rivero, don Esteban Arze y don Melchor Guzmán Quitón, ayudados de la fogosa palabra del sacerdote tribuno don Juan Bautista Oquendo.

Pocos días después se sublevó el pueblo de Oruro encabezado por don Tomás Barrón con miras idénticas á las de los patriotas cochabambinos.

Don Estéban Arze, con la fuerza que pudo organizar en Cochabamba, se dirigió á Oruro; allí engrosó sus filas y luego abrió campaña sobre La Paz. El gobernador Ramírez destacó contra él una división al mando de don Fermín Piérola. Cuando las dos fuerzas se avistaron en los llanos de *Aroma*, Arze proclamó á sus soldados: «Valerosos cochabambinos, á vuestras makanas el enemigo tiembla»; y

esos bravos guerrilleros, armados en su mayor parte de palos ó *makanas*, arrollaron á la tropa realista y la destrozaron completamente (Noviembre 14).

PRIMER EJÉRCITO AUXILIAR ARGENTINO.—Entre tanto el ejército de Buenos Aires, que venía al mando de Castelli, Balcarce y Diaz Velez, había obtenido una victoria en *Suipacha* contra las fuerzas que le opuso el presidente de la Audiencia don Vicente Nieto (Noviembre 7).

Este triunfo ocasionó el levantamiento del pueblo potosino que redujo á prisión á su gobernador Paula Sanz [Noviembre 10.]

Castelli, usando de represalias, respondió á las crueldades con que Goyeneche quiso reprimir el pronunciamiento de La Paz, haciendo fusilar á Nieto, Sanz, Córdova y otros; avanzó en triunfo hasta La Paz, y acampó en seguida en Huaqui. Potosí le había dado cuantiosos donativos, Cochabamba le envió una división de caballería fuerte de dos mil hombres, y en La Paz se le había plegado gran número de patriotas. Lejos de utilizar estos elementos, se entretuvo en entablar negociaciones con el virrey del Perú, Abascal, invitándole á soluciones pacíficas, que el virrey no podía aceptar, y concluyó por

proponerle un armisticio. El virrey que había asumido el mando del Alto-Perú, declarando que «los americanos habían nacido para ser esclavos», y que había situado un ejército de más de seis mil hombres en la margen derecha del Desaguadero, á órdenes de Goyeneche, aceptó el armisticio, de que aprovechó pérfidamente Goyeneche, pues antes del vencimiento del plazo estipulado, rompió con la fé del pacto, sorprendió al ejército de Castelli y lo destrozó (Junio 20 de 1811).

Sólo Diaz Velez pudo rehacer una división de ochocientos hombres, con la que se dirigió á Potosí y después á Cochabamba, adonde el patriota Rivero había logrado conducir los restos de su caballería dispersada en Huaqui. Pero sobre estas fuerzas cayó otra vez Goyeneche en las llanuras de Sipesipe, alcanzando un nuevo triunfo (Agosto 15).

Diaz Velez se vió precisado á retirarse al sud en pos de nuevos elementos; y Goyeneche fué en su persecución. Por dos ocasiones algunas escaramusas del animoso Diaz Velez obtuvieron ventajas significativas sobre las fuerzas del jefe realista; pero en *Suipacha*, la suerte se le declaró otra vez adversa y fué derrotado definitivamente (Enero 12 de 1812).

Las hordas de Puma-Khahua.—No satisfecho el virrey del Perú con los estragos que causaban las fuerzas de Goyeneche, lanzó una horda de cuatro mil indios sobre Omasuyos, Sicasica y Carangas, acaudillados por Mateo Puma-Khahua y el cacique de Chincheros, Choquehuanca, los que salieron del Cuzco causando toda suerte de horrores y poniendo sitio á La Paz, en la que se reprodujeron las escenas del asedio de 1781.

CAPÍTULO III

Nueva sublevación de Cochabamba.—Segundo ejército auxiliar argentino.—Saqueo de Cochabamba.—Batallas de Villcapujio, Ayuma y la Florida.

Nueva sublevación de Cochabamba.—Apenas Goyeneche dejó Cochabamba para ir en seguimiento de Diaz Velez, ocupó la ciudad don Estéban Arze á la cabeza de una fuerza organizada en los valles de Cliza. El pueblo se le plegó y organizó una junta de gobierno presidida por don Mariano Antezana (Noviembre 1811)

El infatigable Arze se dirigió entonces

sobre Oruro con tres mil hombres, de donde fué rechazado por la guarnición que mandaba Gonzalez de Socasa. En su retirada topó cerca de *Huanuni* con una compañía de granaderos del Cuzco, de la que no escaparon con vida sino dos tambores. Luego se plegó á una división patriota organizada en Mizque con ánimo de atacar Chuquisaca, pero las fuerzas de esta ciudad desbarataron las suyas en *Huallipaya*.

SEGUNDO EJÉRCITO AUXILIAR ARGENTINO.—Los desastres sufridos por el primer ejército auxiliar desalentaron á la Junta de Gobierno de Buenos Aires; mas, como necesitaba resguardar sus fronteras organizó un nuevo ejército á órdenes del general don Manuel Belgrano, pero con la instrucción de no pasar á las provincias del Alto-Perú.

Goyoneche destacó contra los argentinos una división de tres mil hombres al mando del general Pío Tristán, reservándose él cuatro mil hombres para expedicionar sobre Cochabamba.

El ejército de Tristán experimentó desde un principio fuertes reveses. Su vanguardia de quinientos hombres fué batida por la de Belgrano que comandaba el esforzado Diaz Velez, en el *Río de las Fie-*

dras. Luego, el grueso mismo de sus tropas fué arrollado en el *Tucumán*, quedando mil hombres fuera de combate (Septiembre 24 de 1812). Pudo restaurar su descalabro con las tropas de refresco que recibió de Goyeneche; mas, en la *Tablada de Salta*, sufrió de nuevo una derrota, en esta ocasión cabal y completa (Febrero 17 de 1813). Tristán firmó una capitulación con Belgrano, estipulando que se retiraría con todos los honores de la guerra y que no volverían él ni sus tropas á tomar las armas, pacto que fué violado á pretexto de que los convenios con los insurjentes no eran obligatorios.

SAQUEO DE COCHABAMBA.—Goyeneche que supo en Potosí los primeros descalabros de Tristán, apresuró su campaña sobre Cochabamba, proclamando á sus soldados «que los hacía dueños de vidas y haciendas» é incendiando á su paso los pueblos de Quirquiavi y Sacaca.

Cochabamba no contaba sino con quinientos hombres mal armados de entre los cuatro mil de que constaban sus tropas. Con éstas se situó Arze en las alturas de Pocona, y en el punto del *Queñual* libró combate con un éxito adverso á la causa de la independencia (Mayo 22).

El ejército de Goyeneche penetró ven-

cedor en la ciudad, y estimulado por su jefe, aprovechó de un pequeño desorden promovido por la plebe, para desbandarse y saquear las casas, cometiendo asesinatos y otros crímenes por el espacio de tres dias (Mayo 27). Al cabo de estos se estableció un tribunal militar para castigar á los patriotas. El gobernador Antezana, y con él un gran número de personas distinguidas, murieron en manos del verdugo.

Después de dejar entregada Cochabamba al poder discrecional de los feroces Lombera é Imas, reconcentró Goyeneche sus fuerzas en Oruro, desde donde obtuvo su retiro del servicio y su reemplazo con el general Joaquín Pezuela.

Batallas de Villcapujio, Ayuma y la Florida.—El ejército auxiliar argentino estimulado con sus victorias y reforzado con las numerosas adhesiones de voluntarios alto-peruanos, avanzó sobre Potosí y siguió después con dirección á Oruro.

Pezuela le salió al encuentro con el ejército que había concentrado su antecesor, más un batallón del Real de Lima y diez cañones que trajo consigo.

Ambos ejércitos se afrontaron en *Vill capujio*. Las fuerzas de Belgrano arro

llaron succesivamente la izquierda y el centro del enemigo, poniendo en fuga á la reserva y con ella al mismo Pezuela, quien escapó hasta Condo, distante cuatro leguas. Parecía completo el triunfo, cuando apareció por retaguardia del ejército patriota un escuadrón de caballería realista, mandado por el jefe salteño Saturnino Castro, que lo puso en gran desconcierto, obligándolo á retirarse desastrosamente (Octubre 1.º de 1813). Quedaron en el campo novecientos cadáveres y dos mil heridos.

Belgrano y Diaz Velez pudieron reunir gran parte de los dispersos; recibieron además dos escuadrones de Vallegrande y otros contingentes de Chuquisaca, Potosí y Cochabamba, y tentaron otra vez la suerte en el campo de *Ayuma*, la que les fué nuevamente adversa [Noviembre 14 de 1813].

Don Juan Antonio Alvarez de Arenales, recogiendo los restos de los vencidos en Ayuma, se hizo fuerte en Vallegrande. Pezuela envió contra él al coronel Manuel Joaquín Blanco con una división. Después de algunas felices escaramusas cayó Arenales sobre Blanco en los campos de *Florida*, y una victoria espléndida coronó sus esfuerzos [Mayo 12 de 1814].

Pero este resultado no alcanzó á reconstituir el ejército auxiliar, que estaba deshecho.

CAPÍTULO IV

La guerra de los guerrilleros.—Acontecimientos de La Paz.—Tercer ejército auxiliar argentino.

La guerra de los guerrilleros.—Entretanto, la idea revolucionaria se había hecho fuerte en el corazón de los altoperuanos á quienes no habían podido acobardar los martirios ni desalentar las derrotas. En la dificultad de organizar ejércitos, habían formado valientes partidas de guerrilleros, sin otro destino que el de hostigar al enemigo por todos los medios, arrostrando las más peligrosas aventuras.

El coronel don José Miguel Lanza enarboló en las quebradas de Ayopaya é Inquisivi al estandarte de la independencia. Otro tanto hicieron don Ramón Rojas en Tarija, don José Vicente Camargo en Cinti, don Manuel Ascencio Padilla en la Laguna, don Ignacio Warnes en Santa Cruz, y Zárate y Betanzos en Porco.

Alarmado con esta actitud Pezuela

que se encontraba en Salta, movió su campo situándolo en Suipacha, y envió destacamentos sobre Tarija y Cinti, los que fueron destruidos por los patriotas Rojas y Camargo.

Este contratiempo y la aproximación de un tercer ejército auxiliar argentino, determinaron á Pezuela á reconcentrar en Oruro sus fuerzas de Potosí, Chuquisaca y Cochabamba, lo que sirvió para que los guerrilleros acometiesen con más vigor sus hostilidades: Lanza ocupó Chayanta, Camargo se apoderó del pueblo de San Pedro, Arenales tomó Cochabamba, Zárate y Betanzos invadieron Potosí, y Warnes informado de que los restos de la división Blanco derrotada en la Florida, se habían replegado á Chiquitos, marchó sobre éllos y los batió en *Santa Bárbara* (Noviembre 27 de 1815).

Acontecimientos de La Paz.—Por aquél entonces la revolución había penetrado por fin en el Bajo-Perú, y aquel Mateo Puma-khahua que devastó con sus hordas las provincias alto-peruanas, había invocado la causa de la libertad en el Cuzco y desprendido sobre La Paz una división al mando del coronel Mariano Pinelo, que tenía por consultor al célebre cu-

ra tucumano don Ildefonso Muñecas. Después de batir la guarnición realista del Desaguadero, Pinelo atacó las trincheras de la ciudad, defendidas por el gobernador marqués de Valde-Hoyos, y entró en la plaza, haciendo prisioneros al marqués, á varios jefes y oficiales y como ochenta vecinos (Septiembre 24 de 1814).

Valde-Hoyos, en previsión de una derrota, había minado con varios barriles de pólvora el edificio de las Cajas, donde la casualidad hizo que fuera encerrado él con parte de sus compañeros. Prendida como se hallaba la mecha, tuvo tiempo de advertir el peligro á los vencedores, los que la cortaron, transportando luego los barriles al cuartel. Un accidente imprevisto inflamó allí la pólvora, y se produjo la explosión, que sepultó bajo los escombros del edificio á la tropa y otros presos que en él había (Septiembre 28). Tal siniestro atrajo al pueblo á la plaza, y una voz clamó: «¡traición..... mina de los realistas!» El pueblo inflamado de furor y presa del vértigo no oyó más: se precipitó á la prisión de Valde-Hoyos, á quien lo sacrificó con crueldad, y se arrojó después por calles y casas haciendo una horrible mantanza de realistas. Este espantoso desborde popular sólo se

contuvo á la noticia de la aproximación de fuerzas contrarias. Temiendo á éstas, se retiró Pinelo al Desaguadero para engrosar sus tropas con las milicias de Puno, y volvió sobre La Paz. En las inmediaciones de *Chacaltaya* fué batido por la división de Ramírez que iba á debelar la revolución del Cuzco (Noviembre 2 de 1814). Ramírez entró en la ciudad, donde ejerció toda suerte de retaliaciones por los sucesos del 28 de Septiembre.

No satisfecho con éllas, dos años después, el general Pezuela, cuando ascendió á virrey, comisionó al coronel Mariano Ricafort el castigo ejemplar de La Paz. Ricafort, á la cabeza de tres batallones ejecutó la orden con indecible rigor. Al llegar á la ciudad dijo: «No he de dejar en La Paz más tesoros que lágrimas». Fusiló por la espalda á veintiún presos, impuso una contribución de setecientos mil pesos, hizo flajelar y pasear desnudos á un gran número de patriotas, sin exceptuar de estas afrentas á las señoras, y empleó en estas bárbaras crueldades parte del mes de Noviembre y todo el mes de Diciembre de 1816.

TERCER EJÉRCITO AUXILIAR ARGENTINO.—El tercer ejército auxiliar vino á órdenes del general José Rondeau, y halló

franco el paso hasta Potosí, merced á la actitud de los guerrilleros. Habiendo sido batida su vanguardia en *Ventaimedia* (Octubre 20 de 1815), se retiró á Cochabamba. Tenía á la sazón seis mil hombres. Pezuela que contaba con un número inferior, le siguió hasta los llanos de *Viloma*, donde ambos ejércitos se fueron á las manos. La batalla fué reñida, y las tropas de Rondeau cedieron el campo, perdiendo más de mil quinientos hombres entre muertos y heridos y como unos ochocientos prisioneros, en tanto que Pezuela sólo tuvo cien muertos (Noviembre 29 de 1815).

Destruido este tercer ejército que por sus extorsiones dejó en el país odiosísimos recuerdos, como los había dejado el primer ejército auxiliar, Pezuela se instaló en Cochabamba, ejerciendo todo el rigor de su zaña sobre los vencidos: estableció tribunales de purificación que enviaron muchas víctimas al patíbulo, impuso contribuciones de guerra, decretó confiscaciones y ejecutó otros desafueros y violencias con que colmó la exacerbación de los patriotas. Desde entonces, «la guerra tomó el aspecto de una explosión; pintarla en sus detalles, dice un historiador, sería contar y fijar en su dirección los proyectiles que

arrastra en su violencia la erupción de un volcán».

CAPÍTULO V

Las guerrillas de Padilla.—Las guerrillas de Lanza.—Las guerrillas de Warnes.—Otras guerrillas.—Diputados alto-peruanos en el congreso del Tucumán.

Las guerrillas de Padilla.—Padilla, el caudillo de la Laguna, asaltó la guarnición de Presto (Enero 14 de 1816) y atacó gloriosamente la guarnición de Chuquisaca por dos días (Febrero 10 y 11). El presidente de la Audiencia general Tacón, ganoso de destrozarlo, lo persiguió en Yamparaez con ochocientos hombres. El guerrillero se le hizo impalpable. Tacón hubo de contentarse con incendiar algunas poblaciones, pasar á degüello á gran número de personas y tornar á Chuquisaca llevando por trofeos las cabezas ensangrentadas de niños y mujeres en la punta de las bayonetas (Abril 20).

Habiendo resultado Padilla en la Laguna, fueron en su persecución dos batallones con el coronel La Hera. Agotadas

las municiones en los numerosos encuentros que tuvieron con las guerrillas, volvió en su demanda á Chuquisaca uno de los batallones, el «Verdes». En el camino fué acometido por el guerrillero Ildefonso Carrillo, y de los ochocientos soldados de que constaba el batallón, sólo salvó uno, para contar la historia de su desventura (Marzo 12 de 1816).

Poco después Padilla cayó sobre la ciudad (Mayo 28) y la sitió hasta fines de Junio.

Por ese tiempo, el general Ramírez que había reemplazado á Pezuela en el mando del ejército, organizó diversos destacamentos contra todos los guerrilleros, encomendando á las guarniciones de Chuquisaca y Vallegrande el ataque á Padilla. Estas dos fuerzas, comandadas respectivamente por Tacón y por don Francisco Javier Aguilera, se reunieron en la Laguna, donde Aguilera asumió el mando.

El 14 de Septiembre fué inevitable la batalla en el *Villar*. De ambas partes lucharon con furor. Pasaba ya de mil el número de víctimas, sin que nadie cediera el campo, cuando Padilla cayó en tierra de un sablazo de Aguilera. Este hecho determinó la derrota de los patriotas. Doña Juana Azurduy, esposa de Padilla, que

se había batido heroicamente y sacado dos heridas, se dirigió con los restos de la guerrilla al valle de Segura. Allí con Jacinto Cueto, Agustín Ravelo y Esteban Fernandez, reorganizó su fuerza y sostuvo otra vez la gloriosa campaña.

Las guerrillas de Lanza.—Lanza, el caudillo de Ayopaya, fatigó sin tregua á las expediciones que fueron contra él, mandadas por Benavente y Lezama. El general Ramírez combinó un ataque simultáneo con las guarniciones de Cochabamba, La Paz, Sicasica y Oruro; pero los guerrilleros, inferiores en número y en armas, rehuyeron toda batalla. Comandaba las tropas realistas el coronel José Abeleira, y se retiraba ya á Oruro, convencido de que la guerrilla no le haría frente jamás, cuando cayó sobre él don José Manuel Chinchilla, segundo de Lanza, en *Charapaya*, y le mató más de trescientos hombres de setecientos que tenía.

Las guerrillas de Warnes.—Aguilera el vencedor de Padilla, marchó á Santa Cruz á la cabeza de mil seiscientos hombres, á batir á Warnes. Las dos fuerzas chocaron en el *Fari* [Noviembre 22 de 1816]. Warnes al entrar en combate proclamó á su tropa: «¡soldados, á vencer ó morir con gloria!» Después de una

lucha espantosa que duró seis horas, en que los soldados de uno y otro partido se apuñaleaban individualmente como en un duelo singular, Warnes cayó traspasado por una bayoneta, con lo que empezó la derrota de los patriotas. De tres mil á que ascendían los combatientes, dos mil ochocientos quedaron en el campo, y Aguilera entró en la ciudad solo con doscientos. Este jefe sanguinario mandó ejecutar novecientas personas de toda edad, sexo y condición. Con todo, la bandera de la libertad volvió á flamear en la Cordillera, sostenida por el valeroso don Juan Manuel Mercado.

Otras guerrillas.—Camargo, el caudillo de Cinti, derrotó en el río de San Juan al coronel Alvarez [Enero 30 de 1816]; pero traicionado después, cayó en manos del comandante Centeno, quien le cortó personalmente la cabeza [Abril 3]. Centeno sacrificó en seguida cerca de novecientos patriotas, y saqueó é incendió muchas haciendas.

Rojas, el caudillo de Tarija, fué batido y muerto por el general Olañeta; pero le succedió con ventaja su sobrino Manuel Rojas.

El cura Muñecas, asesor de Pinelo, se había retirado al partido de Larecaja con

doscientos hombres, después de la derrota de Chacaltaya. Allí, asociado de don Juan Crisóstomo Esquivel, mantenía en pié la causa de la independencia. El coronel Aveleira le sorprendió así como á varios de sus compañeros; Esquivel y otros fueron inmediatamente fusilados; el cura Muñecas, remitido á Lima, fué asesinado cerca del Desaguadero.

En todas partes, en los villorios como en las ciudades del Alto-Perú, la bandera de la independencia, flameando un día, abatida otro, había hecho brotar héroes y mártires.

DIPUTADOS ALTO-PERUANOS EN EL CONGRESO DE TUCUMÁN.—Las provincias del Río de la Plata se reunieron en Congreso en Tucumán, á efecto de proclamar su independencia, emancipándose de la metrópoli; y fueron invitadas á concurrir á dicha asamblea las provincias del Alto-Perú. Muchas de estas pudieron enviar sus diputados, quienes desempeñaron honrosamente su cometido, como don Pedro Carrasco, representante por Cochabamba, que llegó á presidir las sesiones del Congreso, y don José Mariano Serrano, representante por Chuquisaca, que en su calidad de secretario, redactó el acta de la independencia argentina (Julio 9 de 1816).

Los letrados alto peruanos, mantenían pues en la política argentina, los prestigios é influencias de la célebre universidad de Chuquisaca; y llevados de un fantástico propósito, la reconstitución del imperio de los incas mediante una vasta confederación, tenían establecida en los centros principales del Río de la Plata con vastas ramificaciones en el Alto-Perú, la logia de los *Huaukes* (hermanos), con una organización análoga á la de *Lautaro* creada por San Martin.

CAPÍTULO VI

Política de La Serna.—Cuarto ejército auxiliar argentino.—Sucesos del Bajo-Perú.—Actitud del Alto-Perú.— Expedición del General Santa Cruz.

Política de La Serna.—El general don José de La Serna reemplazó al general Ramírez en el comando del ejército español. Hombre de sentimientos, que en la península había luchado contra Napoleón por las mismas causas que los alto-peruanos luchaban contra la península, quedó consternado al contemplar la devastación que habían causado el fuego y

el hierro de la guerra en las provincias del Alto-Perú. Quiso establecer una política templada y circunspecta, restaurando los fueros de la humanidad, para apaciguar los ánimos; pero era ya tarde. Tanto estrago como habían causado sus predecesores, traía tan exacerbados á los amigos de la libertad, que su cólera solo podia templarse con las brisas de la victoria.

Avanzó hasta Salta, desatendiendo el Alto-Perú, por combatir el orden de cosas establecido en las provincias argentinas, y perdió cuatro mil hombres sin dar una batalla.

Este y otros contratiempos y la animadad versión que contra él manifestaban el virrey y sus íntimos, le indujeron á renunciar el mando, que lo asumió otra vez el general Ramírez.

CUARTO EJÉRCITO AUXILIAR ARGENTINO.—Mientras que La Serna malograba su ejército en Salta, el gobierno argentino preparó una cuarta expedición al Alto-Perú Sólo avanzaron quinientos dragones y alguna artilleria al mando del teniente coronel La Madrid, que inició su campaña con felices escaramusas. En *Tolomosa* batió un destacamento que mandaba el capitán Andrés Santa Cruz, más

tarde presidente de Bolivia, á quien hizo prisionero (Mayo 4 de 1817). Luego recibió el refuerzo de mil ginetes de las guerrillas de Avilés, Uriondo y Méndez; rindió á Tarija, y cogió prisionero al escuadrón Lopez en Totacoa (Mayo 20). Pero delante de Chuquisaca, estuvo tan desacertado para tomar la plaza, que se vió en la precisión de levantar el campo y tornar á sus provincias poco menos que derrotado. En *Sopachuy* le alcanzó la vanguardia realista que comandaba el brigadier O'Relli, y le hizo trescientos muertos (Julio 14).

Sucesos del Bajo-Perú.—Entretanto se habían preparado acontecimientos tan graves en la costa del Pacífico, que el general Ramírez despreocupándose de las guerrillas, prefirió ir en auxilio del Bajo-Perú, próximo á ser invadido por el ejército patriota chileno-argentino. Solo quedó en el Alto-Perú, una división con el general Olañeta nombrado jefe superior.

El ejército chileno-argentino á órdenes del general San Martín, que acababa de libertar á Chile, desembarcó en Pisco; su escuadra capturó en el Callao los mejores barcos de España, y aquel glorioso general entró en la ciudad de Lima, que el virrey abandonó para tomar posiciones en la

sierra, y proclamó la independencia del Bajo-Perú (Julio 28 de 1821).

Antes de la evacuación de Lima por el ejército realista, un pronunciamiento de jefes había reemplazado al virrey Pezuela con el general La Serna.

ACTITUD DEL ALTO PERÚ.—Mientras se desarrollaban estos sucesos en el Bajo-Perú, el Alto-Perú se había mantenido en aparente calma; pero luego volvieron las guerrillas á renovar las hazañas de su legendaria campaña.

El coronel don Casimiro Hoyos sublevó la guarnición de Potosí en favor de la independencia (Enero 1.º de 1822). Esta sublevación vencida por el jefe de la guarnición de Chuquisaca don Rafael Maroto, en el combate de *San Roque* (Enero 12), costó la vida de Hoyos, de Camargo y once patriotas más que fueron fusilados.

El general realista don Gerónimo Valdés con las guarniciones de Oruro y La Paz, expedicionó contra las guerrillas de Lanza, con el propósito de acabar con ellas. Los encuentros fueron repetidos, pero sin otro resultado que una profunda decepción para Valdés. «¡Esta guerra es eterna!» exclamó desesperado de tanta correría á que lo obligaba el atrevido y experto guerrillero.

Expedición del General Santa Cruz; combates de Zepita y Jalsuri. — El nuevo gobierno del Bajo-Perú, con el fin de paralizar la marcha del ejército español sobre Lima, envió al Alto-Perú un ejército de seis mil hombres dirigido por don Andrés Santa Cruz, quien después de servir al rey había abrazado la causa de la independencia y hecho una carrera afortunada hasta llegar al grado de general. Era segundo de Santa Cruz, don Agustín Gamarra.

Esta expedición fué desgraciada. Después de destacar una división sobre Oruro á órdenes de Gamarra, penetró Santa Cruz en La Paz, donde impuso una contribución de doscientos mil pesos; forzado á librar combate en *Zepita* con una division del general Valdés, se batió sin éxito decisivo y retrocedió á Oruro á reunirse con Gamarra (Agosto 25 de 1823); contando con las adhesiones del país y con siete mil soldados, inclusos los guerrilleros de Lanza, no bien supo que La Serna había concentrado sus fuerzas en Sorasora, las que no pasaban de cinco mil hombres, fugó mas bien que contramarchó á Lima, donde llegó con mil soldados escasos. Ni el tino militar ni la suerte habían acompañado en esta vez al futuro

protector de la confederación perú-boliviana.

El guerrillero Lanza se retiró á Cochabamba con los suyos que no llegaban á mil hombres, y despechado por la suerte que cupo á la expedición Santa Cruz, salió al encuentro de Olañeta, que lo perseguía. El combate se trabó en *Jalsuri*, y fué tan encarnizado que cesaron los fuegos para pelear á bayoneta calada. Los patriotas fueron derrotados. «Lanza ha sostenido la lucha con infernal obstinación», decía Olañeta en su parte (Octubre 16 de 1823).

CAPÍTULO VII

Olañeta y Valdés.—Batallas de Junín y Ayacucho.—Actitud de Olañeta; pronunciamiento de varias ciudades.—Defección de Tumusla; fin de la guerra de la independencia.

Olañeta y Valdés.—Dos grandes partidos se habían formado en la Península con motivo de la Constitución del año 12, impuesta á Fernando VII: el absolutista y el liberal; y los generales españoles en

América, por circunstancias é intereses diversos, se habían plegado á uno y otro bando. Olañeta se declaró absolutista: sometió las guarniciones de Potosí y Chuquisaca, declaró abrogada la Constitución y se puso al frente del virrey.

El general Valdés, comisionado por el virrey, celebró un acuerdo con Olañeta, en que éste exigió y obtuvo el juramento de fidelidad al rey absoluto y el gobierno para sí del Alto-Perú (Marzo 9 de 1824). El fondo de estas concesiones estribaba en que el virrey quería darse tiempo para reconcentrar sus fuerzas é imponerse después sobre el general anarquista; mas, Olañeta se había preparado á todo, y cuando se le llamó á ser juzgado por un consejo de guerra, su respuesta fué el rompimiento de las hostilidades.

Siguióse una serie de pequeños encuentros entre las fuerzas de Olañeta y Valdés, ataques y sorpresas, marchas y contramarchas audaces y bien combinadas, en que los patriotas se mezclaban para agriar más la escisión de los generales realistas, hasta que Valdés puso término á esta lucha al saber que las fuerzas libertadoras de Colombia habían desembarcado en el Perú.

Un joven alto-peruano, nervioso y exal-

lado, había atizado, desde la secretaría del general Olañeta, la ruptura de los dos generales: era don Casimiro Olañeta, sobrino de aquél, á quien con este motivo se le atribuía este dicho: «He atado las navajas á los gallos; que peleen; en todo caso ganará la apuesta la nueva patria».

Batallas de Junín y Ayacucho.—Una anarquía análoga á la de los generales españoles había surgido entre los patriotas del Bajo-Perú; y el Congreso, con el fin de conjurarla, había llamado al libertador de Colombia don Simón Bolívar.

Este general, investido de la suprema autoridad política y militar, puso en orden las divergencias peruanas, organizó rápidamente un ejército, sobre la base del colombiano, que trajo consigo, se dirigió con él en pos del enemigo, y en los llanos de *Junín*, la caballería realista fué arrollada por la patriota, después de tres cuartos de hora de combate, á lanza y sable solamente, sin que se hubiese hecho ni un tiro (Agosto 6 de 1824).

El virrey La Serna trató de vengar este desastre. Reunió con rara actividad todas sus fuerzas y sus más acreditados jefes, y con diez mil hombres partió del

Cuzco. Encargado del mando del ejército patriota el general Antonio José de Sucre, por ausencia accidental de Bolívar, aceptó la batalla en los campos de *Ayacucho*, donde se realizó el más famoso y trascendental hecho de armas que decidió de la libertad de América. Las tropas españolas se declararon en derrota, y el general vencedor concedió una generosa capitulación á sus numerosos prisioneros entre los cuales se contaba el virrey (Diciembre 9 de 1824).

ACTITUD DE OLAÑETA; PRONUNCIAMIENTO DE VARIAS CIUDADES.—El general Olañeta supo en Cochabamba el resultado de Ayacucho, y viendo que en la capitulación no habían sido comprendidas las fuerzas del Alto-Perú, por propia inspiración y también por las sujestiones de varios de sus jefes se preparó á la resistencia. Contaba con cuatro mil hombres. Ocupó La Paz, y avanzó una división hasta Puno, que tuvo de retroceder luego, en virtud de la capitulación.

Entretanto, Cochabamba se pronunció por la independencia. Olañeta se dirigió entonces sobre Potosí, y el guerrillero Lanza ocupó La Paz. El guerrillero Mercado salió á su vez de Cordillera y se apoderó de Santa Cruz. En Vallegrande el

batallón «Fernandinos» depuso á su jefe el terrible Aguilera. En Chuquisaca el coronel Lopez, á la cabeza de los «Dragones de la Frontera», se pronunció también por la causa de la patria. De manera que Olañeta, antes de dos meses, se encontró aislado, como una isla, en medio del revuelto mar que la libertad agitaba.

Defección de Tumusla; fin de la guerra de la independencia.—La firmeza de carácter de Olañeta, vaciló; pero cuando consultó á sus jefes, éstos optaron por la prosecución de la guerra. Ya no era posible. Los mismos jefes del consejo estaban desmoralizados. En efecto, el coronel Carlos Medinaceli con el batallón «Chichas», se defeccionó en *Tumusla*, y Olañeta cayó mortalmente herido de una bala (Abril 2 de 1825).

Así terminó la legendaria guerra de la independencia, que los alto peruanos sostuvieron por el largo espacio de quince años. Al finalizarse esta heroica lucha, los campos del Alto-Perú, sobre los que habían caido los mayores horrores de la guerra americana, eran un hacinamiento de escombros; y su pueblo, el primero en invocar la libertad y el último en alcanzar, estaba diezmado, desangrado, y des-

organizado. Con todo quiso ingresar de frente á la vida autónoma, que sería para él un batallar incesante, y sin darse tiempo para restañar sus heridas y convalecer, ingresó.

SEXTA ÉPOCA

La República

PRIMER PERIODO

Desde la fundación de la República hasta la victoria de Ingavi (1825-1841)

CAPÍTULO I

Misión de don Casimiro Olañeta.—La Asamblea constituyente.—Acta de la independencia.—Escudo y pabellón de la República.—La capital.—Presidencia de Bolívar.—Cuestión de Tarija.—La constitución vitalicia.

MISIÓN DE DON CASIMIRO OLAÑETA.—El general Sucre que recibió el título de Gran Mariscal de Ayacucho, avanzó hasta Puno con dirección á La Paz. Allí le fué á dar alcance el joven Casimiro Olañeta, como representante de las aspiraciones de su país, para hablarle en favor del reconocimiento de la nacionalidad altoperuana y de la convocatoria de un congreso nacional.

A la verdad que no necesitaba el «soldado filósofo», como llama la historia á

Sucre, de la fogosa elocuencia del tribuno alto-peruano, para comprender que esa era, en efecto, su misión; así que, dos días después de su arribo á La Paz, expidió el célebre decreto de 9 de Febrero de 1825, reconociendo la soberanía de los alto-peruanos y su derecho de constituirse en Estado independiente, y convocando una Asamblea de diputados para que deliberase de sus futuros destinos.

La Asamblea Constituyente.—El congreso se reunió en Chuquisaca el 24 de Junio, ageno á toda influencia de fuerza armada, y concurrieron á él todas las eminencias sociales y políticas del país.

Iniciaba sus trabajos, cuando recibió dos despachos: el uno del Congreso de Buenos Aires (Mayo 9 de 1825) que dejaba á las provincias alto-peruanas en completa libertad de constituirse, á pesar de que habían hecho parte antes del virreynato de Buenos Aires; y el otro del Libertador Bolívar, datado en Arequipa [Mayo 16 de 1825], que las sugetaba á la autoridad del Congreso del Perú y suspendía, entretanto, sus deliberaciones.

Los diputados estallaron contra este avance del Libertador, quien no tenía ningún derecho ni como general de Colombia, ni como jefe del Perú, de disponer de

un país que había conquistado su independencia con su propia sangre. Protestaron con valentía Olañeta, el guerrillero Lanza, el cura Borda y otros; y el *diez de Agosto,* la Asamblea declaró, por unanimidad, que el Alto-Perú se erigía en Estado independiente bajo la forma republicana, por la soberana voluntad de sus hijos.

A fin de evitar un conflicto con el Libertador, la Asamblea le envió una diputación presidida por Olañeta para satisfacerle; y á mérito de las sugestiones del mismo general Sucre, no creyendo aún suficientes las explicaciones de la diputación, decretó la Asamblea, que el nuevo Estado llevara el nombre de Bolívar, á quien lo declaraba su *padre* y *protector* y su primer presidente.

Tan vivamente lisongeada la vanidad del hombre, las resoluciones de la Asamblea fueron acatadas por éste con muestras de marcado reconocimiento, llegando en un rapto de gratitud y entusiasmo á llamar su *hija predilecta* á la nueva República.

Acta de la Independencia.—El presidente de la Asamblea, don José Mariano Serano, redactó el «Acta de la Independencia», que lleva la fecha del 6 de Agosto

en homenaje á la batalla de Junín, ganada por Bolívar. «El mundo», dice el Acta en su parte expositiva, «sabe que el Alto-Perú ha sido en el continente de América, el ara donde se virtió la primera sangre de los libres, y la tierra donde existe la tumba del último de los tiranos»—«Los departamentos del Alto-Perú», añade en su parte resolutiva, «protestan á la faz de la tierra entera, que su resolución irrevocable es gobernarse por sí mismos».

Escudo y pabellón de la República.—La Asamblea fijó los colores del pabellón nacional, punzó y verde, el punzó al medio y el verde á los extremos, llevando en el campo punzó cinco estrellas color oro, cada una dentro de un óvalo verde. El escudo de armas, debía estar dividido en cuatro cuarteles: dos grandes, el superior y el inferior, y dos pequeños al medio: en el cuartel superior cinco estrellas, en el inferior el cerro de Potosí, en los centrales una allpaca y una rama del árbol del pan, todo coronado por el gorro frigio (decretos de 17 de Agosto de 1825).

Al año siguiente se aumentó al pabellón una faja amarilla y se sostituyeron las estrellas con las armas de la República (Ley de 25 de Julio de 1826). El escudo de armas sufrió también su reforma;

fin óvalo: campo de plata: el sol naciendo detrás del cerro de Potosí, á la derecha una allpaca subiendo el cerro, á la izquierda un haz de trigo y una rama del árbol del pan: debajo sus estrellas en campo azul (Ley de 26 de Julio de 1826).

Solo bajo la administración de Belzu, el escudo y el pabellón, tomaron su forma definitiva: en la bandera, la faja amarilla al centro, la punzó arriba y la verde abajo; en el escudo, en vez del gorro frigio, el cóndor de Bolivia con las alas abiertas y los pies sobre dos ramas de olivo y laurel (Ley de 5 de Noviembre de 1851 y decreto de 27 de Junio de 1854). Tanto los colores de la bandera como las figuras del escudo simbolizan los tres reinos de la naturaleza.

La Capital.—La misma Asamblea decretó que la Capital de la nueva República se denominase «Sucre» (Agosto 11 de 1825) Luego se confirió al Libertador la facultad de designar el sitio en que ella había de construirse, considerandose mientras tanto Chuquisaca como capital provisoria (Julio 1 º de 1826). Fué la Asamblea constituyente de 1839 la que resolvió que dicha ciudad lo fuese definitivamente, llamándose en adelante *Sucre* [Julio 12].

Presidencia de Bolívar.—El Libertador arribó el 4 de Noviembre á Chuquisaca, y con la cooperación de una diputación permanente, se ocupó de organizar las instituciones del país en sus ramos de hacienda, beneficencia, justicia é instrucción, con más precipitación que estudio, de manera que de todo lo legislado ó reglamentado entonces, casi nada pudo realizarse y mucho menos conservarse. Su permanencia en Bolivia solo fué de cincuenta y cinco dias. El 1.º de Enero de 1826 se despidió para Lima.

Cuestión de Tarija.—La legación argentina reclamó el partido de Tarija, que en lo eclesiástico pertenecía á Salta, bien que en lo político y administrativo dependia de la provincia de Potosí. El Libertador accedió fácilmente á la demanda; mas, el pueblo tarijeño protestó á mano armada contra esa determinación y envió sus diputados al congreso de 1826. El congreso desaprobó la concesión del Libertador.

La «Constitución vitalicia».—La Asamblea nacional pidió á Bolívar una constitución, y éste la formuló, pero sugetándola á un mecanismo monárquico en que sus defectos más salientes eran el «vitalicismo» y la «irresponsabilidad» de la

presidencia. Fué sancionada, sin embargo por el Congreso Constituyente del año 26, que nombró presidente al general Sucre.

CAPÍTULO II

Administración de Sucre.—Relaciones internacionales.—Escándalos de las tropas colombianas.—Motín del 18 Abril.—Combate de la Recoleta; muerte de Lanza.—El general Urdininea asume el mando.—Primera invasión de Gamarra; ajuste de Piquiza.—Renuncia de Sucre; rasgos biográficos.

ADMINISTRACIÓN DE SUCRE.—El congreso de 1826 trabajó con ahinco, mostrando un saber y una elocuencia poco comunes. Todas sus leyes fueron desarrolladas en las reglamentaciones del Ejecutivo con infatigable laboriosidad y talento práctico; de suerte que, durante esta corta pero fecunda administración, quedaron: organizada la hacienda, reglamentadas las contribuciones y fundado el crédito públi-; mejorada la instrucción con el esta-ecimiento de escuelas y colegios soste-

nidos con parte de los bienes del clero; disminuido el número de conventos; emancipados los esclavos, libre la prensa y sostituida la antigua demarcación territorial con la división en departamentos, provincias y cantones. Los vencedores de Junín y Ayacucho fueron premiados con un millón de pesos.

RELACIONES INTERNACIONALES.— En las relaciones internacionales, el Gobierno desplegó patriotismo y celo: intimó al Brazil la desocupación de territorios del oriente que iba invadiendo, y celebró con el Perú un tratado en que obtuvo la cesión para Bolivia de la costa comprendida entre el cabo de Sama y el Loa, mediante la indemnización de cinco millones de pesos (Diciembre 31 de 1826); arreglo que desbarató el general Santa Cruz, en quien pudieron más sus propósitos ambiciosos que los vitales intereses del suelo en que se meció su cuna.

ESCÁNDALOS DE LAS TROPAS COLOMBIANAS.—Las tropas colombianas que residían en la República, ensoberbecidas con sus triunfos y trabajadas por los enemigos de Bolivia en el Perú, promovieron dos grandes escándalos, el uno en Cochabamba por el escuadrón *Granaderos* que se defeccionó y se dirigió á Salta come-

tiendo desafueros y violencias de todo linage; y el otro en La Paz, por el batallón *Voltígeros*, que se rebeló vitoreando al Perú y al general Santa Cruz. Esta rebelión fué reprimida, por las fuerzas bolivianas, á cuya cabeza se pusieron el general Urdininea y el bravo coronel Braún; y Sucre lisonjeó á los soldados de Bolivia con estas hermosas palabras: «Habeis vencido á los vencedores de los vencedores de catorce años».

Motín del 18 de Abril.—Lo constitución boliviana, que el Libertador hizo aceptar también con el Perú, había despertado celos y resistencias en esa República, hasta el punto de formarse allí un fuerte partido de oposición, el que auxiliado por los mismos soldados de Colombia, se rebeló echando abajo la constitución y la autoridad de Bolívar y declarando que no entraría en relaciones diplomáticas con Bolivia mientras la gobernasen extranjeros. Viéndose envuelto, el general Sucre, en las resistencias que había despertado la política de Bolívar, y no queriendo darles pretexto para que tomasen mayor cuerpo, dispuso que la división colombiana deje el país, y anunció su resolución de resignar la presidencia. Mientras tanto, sobre la frontera peruana, a pa-

reció un ejército de observación al mando del general Agustín Gamarra.

Pero las maquinaciones anti-bolivaristas habían avanzado mucho en su camino, y una noche el jefe argentino Cainzo, acompañado del músico mayor del batallón Granaderos de Colombia, se apoderó de la guarnición de Chuquisaca, que la entregaron dos sargentos peruanos. Al día siguiente, cuando Sucre, informado de lo que ocurría, se precipitó al cuartel para restablecer el orden, fué recibido por una descarga y una bala le rompió el brazo (Abril 18 de 1828).

Combate de la Recoleta; muerte de Lanza.—Sin pérdida de tiempo, el prefecto de Potosí, coronel Francisco Lopez, anoticiado del escandaloso motín, acudió con cien hombres á Chuquisaca, ocupó los altos de la Recoleta, batió desde allí á los amotinados y los dispersó y puso en fuga (Abril 22). El músico mayor y los dos sargentos murieron lanceados.

En la refriega fué también mortalmente herido el insigne guerrillero don José Miguel Lanza, una de las glorias militares más puras de Bolivia, á quien la gratitud y la admiración de sus conciudadanos ha bautizado con el nombre de el *d Felayo boliviano*. Murió defendiendo h

ley como había vivido luchando por la libertad.

El general Urdininea asume el mando.—Apenas cayó herido el general Sucre fué rodeado con afectuosa solicitud y respeto por el vecindario de Chuquisaca. En un comicio popular que tuvo lugar al siguiente día, exaltó Olañeta sus preclaras virtudes, pero dejando entrever los peligros del bolivarismo. El general Sucre quiso guardar una actitud pasiva y prescindente y delegó el poder en el consejo de Ministros; y como presidente, de él, asumió el mando de la República el general don José María Perez de Urdininea (Mayo 4).

Primera invasión de Gamarra; ajuste de Piquiza.—El motín de Chuquisaca dió margen á Gamarra, que estaba en acecho, para penetrar en Bolivia y ocupar los departamentos de La Paz, Cochabamba y Potosí, á pretexto de «ponerse entre la víctima y los asesinos»; y como había trascendido y hallado eco entre los mismos bolivianos aquella corriente de opinión opuesta á la política de Bolívar, fué recibido mas bien como un aliado que como invasor. El mismo Urdininea no supo ó no quiso resistirle. Comprendiendo esta situación el general Sucre se empeñó

porque se abriesen negociaciones con el invasor. En su consecuencia firmóse un convenio en Piquiza, en que Gamarra impuso la ley á los plenipotenciarios bolivianos (Julio 6 de 1828).

RENUNCIA DE SUCRE; CARÁCTER DE ESTE PERSONAJE.—De conformidad con el ajuste de Piquiza, evacuó el país la división colombiana y se reunió el congreso constituyente, ante el cual presentó Sucre su renuncia y el célebre Mensaje que contiene la historia de su administración.—Este austero republicano, alma elevada y severa, estadista sobresaliente, talento organizador y soldado gloriosísimo, se despidió de Bolivia el 1.º de Agosto de 1828. No contaba entonces sino treinta y tres años de edad Nació en Cumaná (Venezuela) el 3 de Febrero de 1895.

Desde su adolecencia se había consagrado á la causa de la emancipación americana, y descollando por su genio, escaló las cimas de la gloria, hasta constituir la más eminente personalidad política y guerrera de la independencia. De vuelta á su patria, le prestó todavía grandes servicios, y se esperaban aún mayores de su abnegación y su inteligencia, cuando una emboscada preparada en la encrucijada de Berruecos le dió alevosa muerte.

«¡Balazo!» exclamó al sentir su pecho atravesado por el plomo asesino, y espiró (Junio 4 de 1830).

CAPÍTULO III

Primer interinato de Velasco.—Revuelta en La Paz.—Ultima manifestación realista.—Presidencia de Blanco; su prisión y su muerte.—Segundo interinato de Velasco.

PRIMER INTERINATO DE VELASCO.—El congreso organizó un gobierno provisional nombrando presidente al general don Andrés Santa Cruz y vice-presidente al general don José Miguel de Velasco, quien asumió el mando por hallarse aquél ausente en Chile. Convocó, además, una asamblea convencional y se disolvió.

REVUELTA EN LA PAZ.—El nuevo gobierno intimó al ejército peruano la desocupación del territorio, y el general Gamarra, para efectuarla, se hizo pagar los gastos de la invasión. A su paso por La Paz, fomentó una revuelta, acaudillada por el coronel José Ramón de Loaiza, en que se invocó la independencia del departamento bajo el nombre de «Alto Perú». Para conjurar ese movimiento, Velasco, ofirió á Loaiza el grado de general de

brigada, tornándose así en premio el castigo que merecía el revoltoso.

ULTIMA MANIFESTACIÓN REALISTA.—Por ese mismo tiempo, don Francisco Aguilera, el vencedor de los patriotas Padilla y Warnes, proclamó en Vallegrande el reinado de Fernando VII. El comandante general de Santa Cruz, coronel don Anselmo Rivas, lo batió en las cercanías de aquel pueblo (Octubre 30 de 1828). Habiendo sido capturado Aguilera mas tarde, fué pasado por las armas.

PRESIDENCIA DE BLANCO; SU PRISIÓN Y SU MUERTE.—Instalada la Asamblea convencional, que fué llamada «convulsional», dos meses después de disuelta la constituyente, eligió presidente de la República al coronel don Pedro Blanco y vice-presidente al general Loaiza, precisamente á los dos hombres más fuertemente tachados de haber estado en connivencias con la invasión peruana (Diciembre 14 de 1828). Blanco se posesionó de la magistratura doce días después. Esta elección exaltó á algunos militares entre los que figuraban el coronel Armaza y los tenientes coroneles Ballivián y Vera, quienes prendieron á Blanco en su palacio y lo redujeron á prisión (Diciembre 31).

El coronel Armaza quiso tomar un asien-

to en el congreso para explicar su conducta. «¡El soldado debe hablar desde la barra!» exclamó el diputado Manuel Aniceto Padilla. Así lo hizo Armaza, y oida la explicación, el congreso nombró presidente provisorio al general Velasco [Enero 1.º de 1829].

Transportado Blanco del palacio al convento de la Recoleta en la mañana del 1.º de Enero, fué asesinado á las once de la noche, trágica y misteriosamente. Sólo gobernó la República por cinco días.

Segundo interinato de Velasco.—Estos sucesos llevaron la anarquía á su colmo. La convención se disolvió de su propia virtud, y el general Velasco declaró nulos sus actos, retrotrayendo el orden de cosas al estado en que lo dejó la Asamblea constituyente (Enero 31 de 1829). En su consecuencia, el general Santa Cruz fué llamado á hacerse cargo de la presidencia.

CAPÍTULO IV

Administración de Santa Cruz.—Intervención en el Perú.—Victoria de Yanacocha.—Ataque de Uchumayo; victoria de Socabaya.—Pacto de la confederación.—Resolución del congreso.

Administración de Santa Cruz.—

El general Santa Cruz inauguró su gobierno con un decreto de amnistía (Mayo 24 de 1829). Sostituyó en seguida á la constitución de Bolívar con un «Estatuto provisorio», que regió hasta la promulgación de la segunda constitución (1831), y se consagró laboriosamente á la administración del país, atendiendo con inteligencia y celo todos sus ramos y afianzando la paz pública. Aumentó el ejército y organizó la guardia nacional; condujo con regularidad la hacienda, llenando todos los gastos, con excepción del servicio de la deuda pública; organizó las aduanas; estableció las universidades de Cochabamba y La Paz; fundó un colegio de artes en esta última ciudad y una corte superior en aquella; erigió la provincia de Tarija en departamento (1831); empadronó la población que resultó ser de 1.088,890 habitantes (1831), y promulgó los códigos civil, penal y de procedimientos, que se llamaron «Códigos Santa Cruz», resultando así, Bolivia, el primer Estado Sud-americano con legislación propia. Para combatir la desmonetización del país, disminuyó la ley de la moneda, gravísimo error que no ha podido ser enmendado hasta ahora. Todas estas creaciones y reformas se verificaron por iniciativa suya y de

las legislaturas. Fué elegido vice-presidente de la República don Mariano Enrique Calvo.

INTERVENCIÓN EN EL PERÚ.—Hacía mucho tiempo que Santa Cruz alimentaba el proyecto de una confederación perú-boliviana, y una vez que afirmó la paz pública en Bolivia se entregó de lleno á la realización de su idea.

Después de agitar diestramente la anarquía entre los peruanos, donde tenía un gran partido, y de entrar en acuerdos con Gamarra, alcanzó que el presidenie Orbegoso, combatido á la sazón por éste y el general Salaverry, que al mismo tiempo eran rivales, solicitara la inrervención de Bolivia (Junio 7 de 1834). Santa Cruz con cinco mil hombres se situó en Puno, donde Orbegoso le trasmitió las facultades extraordinarias de que se hallaba investido. Gamarra rompiendo sus tratos con Santa Cruz, se alió á Salaverry, y ambos, con sus respectivos ejércitos, se pusieron al frente del invasor.

VICTORIA DE YANACOCHA.—Sin dar tiempo Santa Cruz á que los ejércitos enemigos llegaran á reunirse, abrió campaña contra el de Gamarra que ocupaba el departamento del Cuzco. En Lampa recibió el refuerzo de una división peruana, y

en *Yanacocha*, donde había tomado posiciones Gamarra, tuvo lugar la batalla. Las fuerzas de Gamarra fueron destrozadas completamente, dejando en el campo como quinientos muertos y muchos heridos. Los bolivianos solo perdieron ciento (Agosto 13 de 1835).

ATAQUE DE UCHUMAYO; VICTORIA DE SOCABAYA.—Salaverry, hombre de carácter violentísimo, movido por el despecho ó quizá por el solo propósito de aterrorizar á los bolivianos, les declaró «la guerra á muerte», bajo sus formas más bárbaras. La campaña fué larga y obstinada. Salaverry dominaba el mar con el auxilio de la marina de guerra, y obligaba á su enemigo á fatigosas marchas y contramarchas. Por fin, después de varias expediciones y de pequeños encuentros como los de *Ananta* [Noviembre 7.], *Ninabamba* [Noviembre 9] y *Gramadal* (Enero 26 de 1836,) en que los bolivianos probaron su valor y su buena fortuna, logró Santa Cruz alcanzarlo en Arequipa [Enero 31].

El general peruano ocupó el norte de la población que el río Chili separa, y Santa Cruz desde la otra banda intentó vadear el río sosteniendo por el espacio de cuatro días un combate constante. Fortificado

después Salaverry en el puente de *Uchumayo*, el general José Ballivián con el batallón «Guardia» del coronel Vera, atacó el puente, «ostentando el lujo de un valor extraordinario» según la expresión del mismo Salaverry [Febrero 4]. Santa Cruz atrajo entonces al enemigo á los llanos de *Socabaya*, y en el Alto de la Luna se trabó la batalla, que fué otra vez favorable y gloriosa para las armas bolivianas. Las pérdidas de los peruanos alcanzaron á seiscientos muertos, más de trescientos heridos, y cerca de dos mil prisioneros. Los bolívianos tuvieron doscientos cincuenta muertos y ciento ochenta heridos [Febrero 7].

Cogido prisionero Salaverry fué juzgado por un consejo de guerra compuesto de jefes peruanos solamente, y sentenciado á muerte, rindió la vida con ocho de sus principales capitanes.

Pacto de la Confederación.—Así veneidas las resistencias del Perú, se reunieron los congresos de Sicuaní y Huaura, que declararon dividido el país en dos Estados: nor-peruano y sur-peruano, para que formasen con Bolivia la Confederación Perú-boliviana, bajo el Protectorado del general Santa Cruz, á quien como á Bolivia, dieron las gracias por su intervención.

En su consecuencia, el Protector declaró establecida la confederación, promulgó los códigos bolivianos en los Estados del Petú y nombró presidente del Estado boliviano al general Velasco, del Nor-peruano al general Orbegoso y del Sur-peruano al general don Pío Tristán [Octubre 28 de 1836].

Una asamblea de plenipotenciarios de los tres estados, reunida en Tacna, ajustó después el pacto de la Confederación [Mayo de 1837].

Desaprobación del pacto por parte de Bolivia.—Mientras tanto, Bolivia había quedado al mando del vice-presidente Calvo, quien no hizo otra cosa que secundar las miras de Santa Cruz, influyendo en los Congresos para la aprobación de sus actos y atendiendo al ejército en campaña, con los auxilios de que había menester. Pero cuando se ajustó el pacto de Tacna, su conciencia patriótica se alarmó y faltando aún á las instrucciones de Santa Cruz se apresuró á convocar al congreso [1837]. Por su opinión y la de la mayoría del país, que halló en dicho pacto la prepotencia del Perú sobre Bolivia, fué rechazado declarándose que «no se le consideraría jamás».

CAPÍTULO V

Intervención chileno-argentina.— Primera expedición chilena; Capitulación de Paucarpata.— Expedición argentina; victorias de Umahuaca, Iruya y Montenegro.—Segunda expedición chilena; Buin, Yungay.— Congresos.—El Mariscal Santa Cruz.

INTERVENCIÓN CHILINO-ARGENTINA.— Receloso el gobierno de Chile por el desarrollo que tomaban los sucesos del Perú, buscó la alianza del Ecuador y la Argentina, con el fin de desbaratar la confederación. El Ecuador se mantuvo neutral, no así la Argentina, gobernada entonces por el tirano Juan Manuel Rosas, que se prestó á coadyuvar á la política chilena.

PRIMERA EXPEDICIÓN CHILENA; SU CAPITULACIÓN EN PAUCARPATA.—Chile inició sus hostilidades con un acto de piratería, apresando en el Callao tres buques desarmados, sin prévia declaratoria de guerra, y envió en seguida al Perú una expedición de cinco mil hombres al mando del general don Manuel Blanco Encalada.

La expedición desembarcó en Islay y penetró imprudentemente hasta Arequipa

por un desierto de treinta leguas, en que perdió cerca de la mitad de su fuerza, viéndose luego casi desnuda, sin medios de movilidad y encorralada por las grandes masas del ejército unido que Santa Cruz hizo avanzar contra ella. Podía el Protector cogerla sin esfuerzo y castigar su temeridad; pero prefirió comprometer la gratitud chilena con un rasgo generoso, y pactó la capitulación de Paucarpata, devolviendo honrosamente á la nación agresora los restos de su ejército, (Noviembre 17 de 1837).

EXPEDICIÓN ARGENTINA; VICTORIAS DE UMAHUACA, IRUYA Y MONTENEGRO.—La Argentina, á su vez, destacó sus fuerzas más de cuatro mil hombres, sobre la frontera sud de Bolivia, al mando del general Alejandro Heredia. Bolivia le opuso una división de dos mil hombres, á órdenes del general Braun. La campaña fué rápida y gloriosa para las armas bolivianas. El ejército argentino fué batido sucesivamente en *Umahuaca*, *Iruya*, en que combatieron «uno contra tres» (Junio 11 de 1838) y *Montenegro* (Junio 24). Estas victorias refrenaron las agresiones argentinas, que no volvieron á reinsidir.

SEGUNDA EXPEDICIÓN CHILENA; YUNGAY.—Chile, que con su capitulación de

Paucarpata salvó su ejército, faltó á las obligaciones en ella contraidas, y preparó una segunda expedición de seis mil hombres al mando del general don Manuel Bulnes y guiada por Gamarra y muchos peruanos.

Por segunda vez el ejército chileno se vió en el caso apretado de Paucarpata, cuando después de ocupar Lima, tocó retirada á Trujillo al saber la aproximación de Santa Cruz; pero el Protector, desaprovechó la oportunidad de aniquilarlo. No parecía sino que su propósito era rehuir todo lance de armas con Chile; y mientras que el ejército de éste reparaba sus faltas y se engrosaba con el auxilio de Gamarra y los opositores de la confederación, Santa Cruz permanecía tranquilo ó indiferente en Lima, entregado á las atenciones de la administración. Todavía, cuando, por fin, entró en campaña, pudo en el puente del *Buín*, completar la derrota de la más importante división chilena que fué arrollada por la del general Guarda; pero Santa Cruz lejos de enviar refuerzos á sus combatientes, mandóles tocar retirada. Con tanto desacierto iba preparando él mismo su inevitable ruina.

La batalla decisiva tuvo lugar en *Yungay*. Atacó tan flojamente, dejando cuer-

pos enteros sin combatir, que su derrota se declaró luego (Enero 20 de 1839). Se dice que tenía comprados á sus enemigos y que hasta el último momento esperaba su defección.

Santa Cruz se retiró á Arequipa á movilizar el ejército del sud; pero éste se le mostró hostil. Pensó en volver á Bolivia; pero luego supo que allí había estallado una revolución contra él, invocando la «restauración». El ex-protector tuvo que embarcarse para Guayaquil.

CONGRESOS. —Durante la administración de Santa Cruz, se reunieron en Bolivia ocho congresos: el de 1831, en La Paz, que se declaró constituyente y dictó la segunda Constitución; el de 1832, que aprobó un tratado de comercio con el Perú, desventajoso para Bolivia, pero con el que Santa Cruz se proponía halagar á aquel país; el de 1833, que autorizó al ejecutivo para obrar discrecionalmente á fin de precaver á Bolivia del desorden y de cualquiera agresión; el de 1834 que dió la tercera Constitución y la ley de responsabilidades de la corte suprema y que declaró público el voto; el de 1835, reunido en La Paz, que aprobó la intervención boliviana en los asuntos del Perú; el de 1836, reunido en Tapacarí, que autorizó á Sant

Cruz para el establecimiento de la confederación perú boliviana; el de 1837, que rechazó el pacto confederal de Tacna, declarando que «no se le consideraría jamás», y el de 1838, llamado «canalla deliberante» y reunido en Cochabamba, que se desdijo de su declaración de 1837 y que aprobó el pacto.

El Mariscal Santa Cruz.—Santa Cruz fué un estadista de primera talla, diestro en la administración y hábil para la intriga; pero su ambición y sus aficiones monárquicas le hicieron preferir á la gloria de ser el organizador de su patria, el efímero papel de conquistador y dominador de naciones; fundó la funesta escuela del espionaje, las delaciones y la violación de la correspondencia, en que ha tenido, para desgracia de la República, discípulos aventajados. Hizo más bienes al Perú que á su patria, y cuando Tacna, después de Yanacocha, firmó una acta pidiendo su anexión á Bolivia, reprimió indignado esta manifestación.

Sin embargo, nunca como en su administración, creció más el prestigio de la República, ni nadie la colocó en mayor espectación, con grande influencia en América, vencedora un día de chilenos, peruanos y argentinos y á la vanguardia de las de-

más secciones en materia de legislación. Con más patriotismo y mesura en sus ambiciones, habría empleado el vigor de la República en servicio de la misma República; pero lo gastó vanamente, no quedando de su obra otra cosa que los nombres de las batallas ganadas, en la memoria, y los rencores nacionales en el corazón. No volvió más á Bolivia. Nacido en Huarina en 1786, murió en Versalles en 1865.

CAPÍTULO VI

La "Restauración"; presidencia de Velasco.— Sublevación de Ballivián.— Agresiones peruanas.— La "Regeneración"; Agreda y Calvo.— Segunda invasión de Gamarra.— Actitud de Bolivia.— Combate de Jahuircatu.—Victoria de Iugavi.— Ocupación de Puno y Moquegua; tratado de paz.

La «Restauración»; presidencia de Velasco.—La revolución «restauradora de la independencia»; tuvo lugar aún antes de saberse el desenlace que cupo en Yungay al Protectorado. La encabezaron el general Velasco en Tupiza (Febre-

ro 9 de 1839) y el general Ballivián en La Paz. Era una reacción absoluta contra el régimen y la política de Santa Cruz. Uniformada la opinión en favor de Velasco, la asamblea constituyente de ese mismo año, que dictó la cuarta constitución, una de las más liberales que ha tenido Bolivia, lo invistió con la presidencia provisoria.

SUBLEVACIÓN DE BALLIVIÁN.—Como la asamblea hubiese omitido elegir vice-presidente, el general Ballivián que pretendía ese cargo se dió por agraviado y se sublevó en La Paz (Julio 7). Después de una desgraciada campaña sobre Cochabamba, encargó su tropa al general Villagra y se escapó al Perú. La asamblea, que había abierto un juicio nacional contra Santa Cruz, poniéndolo fuera de la ley y declarándolo traidor é indigno del nombre boliviano, dictó igual resolución contra Ballivián.

Al año siguiente, convocados los colegios electorales, fué proclamado Velasco, presidente constitucional.

AGRESIONES PERUANAS.—Hallábase gobernado el Perú por el general Gamarra, quien después de pulsar el grado de postración á que había quedado reducida Bolivia, quería retorcer la intervención de

Santa Cruz, trayendo la devastación y el duelo á la República. El gobierno procuró impedir la agresión peruana por las vías diplomáticas; pero el tratado que con este fin se celebró en el Cuzco (Agosto 14 de 1839), resultó ignominioso para Bolivia y altamente ofensivo á su dignidad el lenguaje que contra élla empleó el congreso de Huancayo. El tratado fué rechazado de plano, el país y el gobierno se prepararon entusiastas á su defensa, y el Perú, sorprendido de encontrar tanta virilidad en un pueblo que lo creía envilecido, invitó á Bolivia á entrar en nuevas negociaciones.

Celebrado un segundo tratado en Lima (Abril 19 de 1840), no menos humillante que el primero, tuvo el gobierno la debilidad de aceptarlo provisoriamente; pero el congreso lo desechó otra vez.

Velasco había cometido la falta de felicitar á Chile por su victoria de Yungay en que se vertió tanta sangre boliviana; y esta aberración, y la aprobación del tratado de Lima y la irresolución de su carácter, socabaron sus prestigios y la estabilidad de su gobierno. En Oruro, se amotinó en favor de Ballivián el batallón «Legión», presidido por cuatro sargentos e tre los que se hallaba Mariano Melgare-

más tarde presidente de la República. Reprimida la sublevación enérgicamente, el batallón fué quintado por inspiraciones del ministro don José María Linares. Poco después, hallándose el gobierno en Cochabamba, los amigos del general Santa Cruz, sedujeron el batallón «Quinto», prendieron con él al presidente y derrocaron su autoridad (Junio 10 de 1841).

La «Regeneración»; Agreda y Calvo —El coronel don Sebastián Agreda se invistió del mando supremo, mientras viniese Santa Cruz que se hallaba en Quito é inauguró el gobierno de la «Regeneración», el cual no tuvo larga ni quieta vida. La «Regeneración» había nacido impopular.

Potosí primero, y luego Sucre, Santa Cruz y Tarija, proclamaron presidente á Ballivián. Pudo Agreda dominar estos levantamientos y hacer que el ex-vicepresidente Calvo se pusiese á la cabeza del gobierno; mas, el célebre batallón «Quinto», con cuyo auxilio había derrocado á Velasco, se pronunció en favor de Ballivián y decidió la contienda (Septiembre 22). Este general proscrito en Puno, penetró en Bolivia, anuló las constituciones de 1834 y 1839 y asumió la suma de los poderes (Septiembre 27).

Al propio tiempo el general Velasco, desterrado en la Argentina, apareció en Tupiza, donde organizó una fuerza de caballería de mil doscientos hombres. Los pueblos del sud se plegaban ya á su bandera, cuando Gamarra, el sempiterno enemigo de Bolivia, atravezó la frontera, con un ejército bien organizado (Octubre 2).

Segunda invasión de Gamarra.—No podian hallar mejor ocasión los peruanos para invadir Bolivia, que ésta en que la anarquía tenía revuelto y desconcertado al país. Así que, sin pérdida de tiempo, tomaron la ruta de Huancané y Escoma, se apoderaron de las provincias Septentrionales de La Paz, saquearon varios templos y devastaron algunas poblaciones. Ocuparon después la ciudad de La Paz y acamparon, en seguida, en Viacha, donde se fortificaron.

Actitud de Bolivia.—La invasión peruana llenó de indignación á Bolivia, que se apresuró á rechazarla resueltamente. Velasco, impulsado por el patriotismo, cedió sus fuerzas á la defensa de la República de que se encargó Ballivián, y los partidarios de la «Regeneración» acudieron también á la salvación de la patria.

Entretanto, Ballivián procuraba darse

tiempo para recibir los contingentes de guerra de la República, mediante evoluciones del caso y hostilidades á retaguardia del enemigo, que entorpecían el paso acelerado del invasor. Se situó después en Sicasica, y tomó decididamente la ofensiva. En menos de cuarenta días había puesto en pié de combate sus milicias.

COMBATE DE JAHUIRCATU.—Al dirigirse á Sicasica, destacó cuatro compañías del batallón «Quinto» y una mitad de coraceros al mando del coronel Herrera, para que sorprendieran en Mecapaca á un batallón peruano que hostilizaba á las autoridades y familias de La Paz, asiladas en ese pueblo. Oportunamente anoticiados los peruanós de la presencia de tropas nacionales, tomaron posiciones en *Jahuircatu.* La refriega duró dos horas y cuarto. El enemigo perdió más de una cuarta parte de su fuerza; su jefe, el general San Román, fugó hasta La Paz en una caballo en pelo; y las tropas bolivianas, que atacaron hasta agotar sus municiones, se replegaron al Cuartel general (Octubre 22).

VICTORIA DE INGAVI.—Ballivián movió su ejército y se precipitó sobre el invasor en los campos de *Ingavi.* Bolivia no tenía sino 3,788 soldados y los peruanos

eran 5,457. Así que las guerrillas bolivianas se pusieron á doscientos pasos de la línea peruana, Ballivián les dijo: «los enemigos que teneis al frente, desaparecerán pronto como las nubes cuando las bate el viento.» El empuje del soldado boliviano fué impetuoso y rompió las filas del invasor, coronando su denuedo la más espléndida victoria (Noviembre 18 de 1841). El generalísimo Gamarra cayó traspasado por dos balas. ¡Raro destino el suyo: cubrieron sus cenizas la tierra que tanto había odiado en vida!

Quedaron en el campo quinientos muertos y cuatrocientos heridos del ejército peruano, con más de tres mil cuatrocientos prisioneros. El ejército de Bolivia tuvo doscientos muertos y cuatrocientos heridos.

OCUPACIÓN DE PUNO Y MOQUEGUA; TRATADO DE PAZ.—El ejército de Bolivia se dirigió al Perú, ocupó por medio año los departamentos de Puno y Moquegua, y renunciando á sus derechos de vencedor, entró en negociaciones con el vencido, firmando luego en Puno un tratado de paz honroso para ambos Estados (Junio 7 de 1842).

Con la victoria de Ingavi dejó de ser un problema la independencia de Bolivia, cu-

ya conquista constituye este primer período de la República.

SEGUNDO PERIODO

Desde la victoria de Ingavi hasta la dictadura Linares (1841-1857)

CAPÍTULO I

Presidencia de Ballivián.—Actos legislativos.— Actos administrativos.— Las huaneras del Litoral.—Nuevas Dificultades con el Perú.—Motín del 5 de Junio.—Revolución del Sud.— Revolución del Norte.—El general Ballivián.

PRESIDENCIA DE BALLIVIÁN.—A raiz del glorioso desenlace que cupo á las armas de la República en la campaña de Ingavi, se dejaron sentir los trabajos revolucionarios de los partidarios de Santa Cruz, á quienes movía su jefe desde el Ecuador. Apercibido de ello Ballivián, apresuró su regreso á Bolivia, después de firmar la paz en Puno, y reasumió el mando, que en su ausencia lo había ejercido un consejo de gobierno presidido por el general Urdininea. Convocó, en seguida, una convención nacional.

En esto, la conspiración crucista que ya tenía ganado bastante terreno y que se basaba en el asesinato del presidente, fué descubierta por la traición de algunos conjurados. Ballivián, menos grande en esta vez que en los campos de batalla, hizo fusilar á cinco ciudadanos en Sucre (Febrero 16 de 1843) y dos en Oruro (Marzo 3). Otros fueron desterrados.

Actos legislativos.—Con tales antecedentes se reunio la convención nacional [Abril 23], que aprobó los actos de Ballivián, lo confirmó en la presidencia y dictó la quinta constitución, calificada con razón de «*Ordenanza militar*, que sólo se la podía leer al brillo de la espada de Ingavi». La misma convención creó el obispado de Cochabamba y la corte superior de Potosí, y dictó varias leyes importantes en materia de vialidad y colonización, á las que dió más ensanche el congreso del año siguiente.

Actos administrativos.—De su parte el gobierno se contrajo esmeradamente á los deberes de la administración: promulgó el código militar, fundó una escuela de cadetes, creó el departamento del Beni, mandó explorar el Pilcomayo, estableció una oficina de estadística y administró la hacienda con toda regularidad. El cen-

so levantado en 1845 y 46, dió á la República 2.133,893 habitantes.

Pero de entre estos y otros trabajos del gobierno, ninguno más beneficioso para el país, ni que hubiese contribuido mejor á su relativa prosperidad, que la implantación de un nuevo sistema de enseñanza (1845). Debióse al ministro don Tomás Frías, por lo que en esa época se le llamaba «el sistema Frías»; y es el que actualmente rige en la República.

Las huaneras del Litoral.—Por aquel tiempo se descubrió la existencia de depósitos de huano en el Litoral (1842). Ante semejante acontecimiento y haciendo contraste con la indiferencia boliviana, la codicia chilena se manifestó concupiscente; y en ese mismo año, avanzó sus pretensiones desde el Paposo, en el grado 26, hasta el morro de Megillones en el grado 23, 6' de latitud austral. Inicióse así la cuestión de límites con aquel Estado, bajo las condiciones más favorables para Bolivia, por el buen derecho que le asistía, sin que nadie, en ese tiempo, hubiera sospechado que concluyese tan desastrosamente para la vida y el porvenir de la República.

Nuevas dificultades con el Perú.—Prevenido naturalmente el Perú contra el

vencedor de Ingavi, conspiró con ahinco por derrocarlo, constituyendo á sus enviados diplomáticos en agentes revolucionarios. Las relaciones entre ambos gobiernos se entorpecieron en su consecuencia. El Perú subió las tarifas aduaneras y Bolivia, decretó en retorsión, una interdicción absoluta [Abril 26 de 1847] La guerra parecía inevitable y se hacían ya los aprestos bélicos en uno y otro país, cuando los disturbios internos de Bolivia vinieron á conjurarla. Las diferencias con el Perú terminaron pues, por un tratado de recíprocas ventajas, celebrado en Arequipa [Noviembre 8].

Motín del 5 de Junio.—En La Paz, el coronel don Manuel Isidoro Belzu, castigado por un acto de indisciplina á servir de último soldado en el batallón «Quinto», sublevó, una noche, este cuerpo en Obrajes, sorprendió luego al batallón «Sexto» en la ciudad, y puso en fuga al presidente [Junio 5]. La oportuna presencia del coronel Mariano Ballivián, hermano del presidente, reaccionó á la tropa. Pasado el conflicto, comenzaron las persecuciones, y dos oficiales rindieron la vida en el patíbulo. Al propio tiempo se desembozaron las resistencias que había creado en el país, el carácter violento y autoritario

de Ballivián, sobreviniendo luego su caida.

Revolución del sud.—Los pueblos del sud dieron el primer grito de insurrección, proclamando la constitución de 1839 y la presidencia de Velasco [Octubre 10]. Ballivián con su característica actividad y su índole impetuosa, asumió la dictadura, fusiló en Potosí á tres individuos sindicados de espías, y desbarató el ejército revolucionario en los combates de *La Lava* [Noviembre 6] y *Vitichi* (Noviembre 7), habiendo hecho una campaña de más de ciento treinta leguas en quince días.

Revolución del norte.—Pero el país se había declarado abiertamente contra la subsistencia de Ballivián en el gobierno. Apenas vencida la revolución del sud, apareció Belzu en el norte, y aunque sufrió un contraste en el combate de *Huarina* (Noviembre 25), pudo agitar la plebe de La Paz, y el batallón «Diez» proclamó á Velasco (Diciembre 17).

Ballivián que se hallaba en Sucre, exclamó: «¡Vamos á revolcarlos como en Vitichi!» Pero, comprendiendo luego que no era patriótico ensangrentar todavía más al país por obstinarse en conservar su persona en el poder, dimitió el mando en manos del general don Eusebio Guilarte, pre-

sidente del consejo de Estado (Diciembre 23)

El general Ballivián.—Don José Ballivián fué un militar bravo y experto, muy decidido por el progreso de su patria y entusiasta promovedor de reformas en todo orden. Amigo de las luces y de los hombres de valer, no habría despertado el descontento del país, si la violencia y altanería de su carácter, envanecido aún más por sus títulos de vencedor de Ingavi, no le hubiese hecho olvidar que, á los pueblos, se les conduce por el camino de la libertad, sin atentar jamás á sus fueros.

Después de su abdicación y tomando el camino del extrangero, permaneció algún tiempo en Chile y luego en Río Janeiro, donde murió á la edad de cuarenta y ocho años (1852).

CAPÍTULO II

Gobierno de los diez días.—Cuarta presidencia de Velasco; Olañeta y Belzu.—Sublevación de Belzu.—Dispersión del congreso.—Yamparaez.—El general Velasco.

Gobierno de los diez días.—El general Guilarte investido de una autoridad

amenazada por todas partes de conatos revolucionarios y en su propósito de conjurarlos, se apresuró á amnistiar á los perseguidos y emigrados políticos, cambió el personal de los prefectos, convocó á elecciones y se dirigió al norte. Vano empeño. La revolución se venía como un torrente.

En Villcapugio se le defeccionó un regimiento de coraceros proclamando presidente á Belzu; y en Cochabamba se produjo un pronunciamiento análogo. En Sorasora descubrió el plan de una gran sedición en el ejército. Para amedrentar á los conjurados fusiló un oficial, y pasó á Oruro; pero la rebelión estalló al siguiente día (Enero 2 de 1848). Guilarte huyó al Perú.

Cuarta Presidencia de Velasco; Olañeta y Belzu.—Rehusó Belzu la presidencia y proclamó á Velasco, quien por cuarta vez se puso á la cabeza de los destinos de la República (Febrero 4). Con el fin de dar fuerza á su autoridad y no hallándola en la constitución de 1839 que le había servido de bandera, el nuevo jefe del Estado se declaró dictador, hasta la reunión del próximo congreso. Organizó, además, su gabinete, en que figuraban dos entidades opuestas y rivales, igualmente

ambiciosas é igualmente peligrosas para la República: el doctor Olañeta y el general Belzu. Más perspicaz el soldado que el letrado y con los prestigios de una reputación militar bien asentada, se ganó prontamente las simpatías populares, que para su émulo fueron hurañas; pero, uno y otro, persiguiendo el poder, desplegando cada cual una política distinta y haciendo más sensible su antagonismo, hicieron perder al gobierno su unidad de acción y anarquizaron el país.

Sublevación de Belzu.—Reunido el congreso extraordinario (Agosto 6) que reformó la constitución de 1839, fueron aprobados los actos de la dictadura y confirmado Velasco en la presidencia. Proseguía el congreso sus labores legislativas, cuando las fuerzas de Oruro se pronunciaron en favor de Belzu. Intimado éste á permanecer al lado del gobierno, declaró rotos sus compromisos y se dirigió clandestinamente al seno de los sublevados.

Dispersión del Congreso.—La rebelión abarcó La Paz y Cochabamba. Velasco delegó su autoridad en el doctor José María Linares, presidente del congreso, para atender á las operaciones militares (Octubre 12). Al día siguiente el batallón «Carabineros», sublevado en Yota-

la, atacó la capital y dispersó al congreso. Velasco y Linares fugaron á Potosí. Con las fuerzas del orden de esa ciudad, acometió Velasco, algunos días después, en *Quirpinchaca* á los dispersadores de la representación nacional y los escarmentó debidamente (Octubre 18).

Yamparaez.—Con todo, la revolución de Belzu crecía y se extendía en la República. Se succedieron muchos pequeños encuentros entre las fuerzas del gobierno y las partidas belcistas, hasta que en *Yamparaez* libraron reñido combate, Velasco y Belzu con el grueso de sus tropas. La victoria estuvo indecisa por algún tiempo, pero luego se inclinó en favor de Belzu [Diciembre 6.]

El general Velasco.—Don José Miguel de Velasco, uno de los caudillos más populares de la República, por cuatro veces presidente de ella y cuyo nombre aparece tan frecuentemente repetido en la historia, no era con todo ni un gran soldado ni un gran estadista; no tenía ni la energía del mandatario ni las dotes del jefe de partido; pero con nadie, como con él, mostró tanta constancia el aura popular, ni nadie como él se preocupó menos por tenerla de su parte. Velasco era sencillamente una medianía con reputación de

honrado y de valiente, y acaso á la asociación, en su persona, de estas virtudes, en una época escasa de hombres probos, debió la persistente confianza de los pueblos. Murió en Santa Cruz [1859].

CAPÍTULO III

Belzu presidente.—Resistencias armadas.—Política de Belzu.—Atentado del 6 de Septiembre.—Trabajos legislativos.—Nuevas resistencias; dimisión de Belzu.—Actos administrativos.— Relaciones exteriores.— El general Belzu.

BELZU PRESIDENTE.—Belzu adoptó la constitución liberal de 1839; pero como se sintiese abandonado por los hombres de distinción, se echó en brazos de la plebe que fué en adelante su sostén. Algo más que el despecho, como se ha creido, había en el fondo de esta política iniciada por el caudillo de Yamparaez. Su revolución era una reacción contra el régimen implantado por Ballivián. Al ballivianismo que había manifestado tendencias aristócratas, se le oponía el belcismo desplegando la bandera de la democracia.

RESISTENCIAS ARMADAS.—Poco tarda-

ron los amigos de Ballivián en levantarse casi simultáneamente á favor de su caudillo, con las guarniciones de Oruro [Marzo 9 de 1849] Cochabamba [Marzo 11] La Paz y Potosí (Marzo 12). Pero el populacho en todas partes salió en defensa del gobierno y ahogó con furor la insurrección, desbordándose luego y saqueando las casas de los ballivianistas en La Paz [Marzo 12 y 13] y Cochabamba (Marzo 17).

El general Velasco, de su parte, con una columna de Sucre que se puso á sus órdenes tomó Tarija después de un combate en *Santa Bárbara*. El general Agreda, que continuó con la campaña, atacó vanamente la casa de moneda de Potosí; no pudiendo rendirla avanzó sobre Cochabamba y después de varias escaramusas y de haber recibido un refuerzo de cochabambinos, fué batido en *Montecillos* por las tropas del gobierno [Mayo 30].

Por último, el general Guilarte sublevó la guarnición de Cobija, la que después de cuatro días volvió contra Guilarte y lo acribilló á balazos [Junio 11].

Política de Belzu.—Tantos movimientos, aunque debelados sin grande ni mucho esfuerzo, exasperaron profundamente á Belzu, quien abrió una época de te-

rror entre sus opositores, á la par que se granjeaba la ardiente adhesión de la plebe y la firme lealtad de sus soldados. Reposando la seguridad de su poder en estos dos elementos, convocó al Congreso que se reunió en Sucre el 6 de Agosto de 1850 y en el que no faltaron algunos diputados independientes.

ATENTADO DEL 6 DE SEPTIEMBRE.—En esto el coronel Agustín Morales acompañado de dos individuos, acometió á Belzu en el prado de Sucre, dejándolo por muerto [Septiembre 6]. Esta acción repugnó á todos y sus autores tuvieron que emprender la fuga.

El consejo de ministros presidido por el sanguinario general Tellez, se extremó en su saña contra los que creía cómplices ó instigadores de este crímen: proscripciones en masa, persecuciones, visitas domiciliarias, nada omitió el terrible consejo: hizo rodar en el patíbulo las cabezas del coronel Laguna, presidente del senado y de don Benito Lopez, cuñado de Morales, y sembró el espanto en muchos diputados y el pueblo de Sucre.

Allí lució su valor civil el diputado Evaristo Valle. Cargado de barras y transportado en hombros por un coracero para que prestara su indagatoria ante el consc

jo de guerra, el coracero se sintió rendido con la carga y exclamó: «¡Pesa usted mucho, señor!»—«Bien, soldado» repuso Valle; «acuérdate de esto para decir á la posteridad, cuánto pesa un diputado liberal».

El congreso fué disuelto por una compañía de soldados.

TRABAJOS LEGISLATIVOS.—Restablecido Belzu de sus heridas, prosiguió con encono la persecución de sus enemigos y convocó en La Paz una convención nacional (Julio 16 de 1851) la que sancionó la sexta constitución, muy semejante en sus defectos á la de 1843 y que dictó la buena ley que regla el recurso de nulidad. Nuevamente reunida la convención en Oruro, desaprobó un Concordato celebrado por el general Santa Cruz, encargado de negocios de Bolivia, por lesivo de los derechos del patronato.

NUEVAS RESISTENCIAS; DIMISIÓN DE BELZU.—Nuevos aunque infructuosos levantamientos vinieron á turbar la presidencia de Belzu. Habíase hecho jefe de los descontentos el doctor Linares, el más formidable enemigo del belcismo, que le había de disputar el poder á sangre y fuego. Penetró en el territorio con los emigrados en la Argentina: las fuerzas del go-

bierno, al mando del coronel don Jorge Córdova, lo batieron en *Mojo* (Julio 10 de 1853). En Santa Cruz se rebelaron también las autoridades por dos ocasiones, pero fueron puestas en dispersión (Enero 20 de 1854). Aprehendido en Cochabamba y sentenciado á muerte con este motivo el coronel Mariano Melgarejo, Belzu al otorgarle la vida por influjos de aquel vecindario, exclamó: «Ya se arrepentirá Cochabamba de haber intercedido por este hombre peligroso» Otra vez apareció Linares por la frontera peruana. Pudo penetrar hasta Achacachi, pero fueron inútiles sus esfuerzos (Enero 1854). Los regimientos 1.º y 2.º proclamaron en Potosí y Paria presidente al general José María de Achá (Noviembre 14). Una descabellada campaña que terminó en el encuentro de *Sutimarca* con la división de Córdova (Diciembre 1.º) obligó á Achá á retirarse hasta el Perú donde licenció sus tropas. Una montonera linarista de más de cien hombres organizada en Cotagaita por el coronel José María Cortés, fracasó después de una refriega en *Mocomoco* (Diciembre 9). Belzu se sintió causado de un poder que lo tenía en perpétua campaña y dimitió la presidencia ante el congreso extraordinario reunido en Oruro Febrero de (1855).

Actos administrativos.—Pocos fueron y de escaso valer los trabajos del gobierno de Belzu, en los ramos de la administración: mandó revisar los códigos civil, penal y de procedimientos; acometió la reforma del código militar; dictó un nuevo código de minería y una nueva ley de imprenta. La hacienda dirigida por un hombre eminente, don Rafael Bustillo, fué manejada con bastante regularidad. El censo de 1854 dió por resultado 2.326,126 habitantes.

Relaciones internacionales.— Las relaciones con el Perú, no fueron cordiales. Belzu que protegía al general Castillo en sus conspiraciones contra el gobierno de Echenique, expulsó con este motivo al ministro Paredes, encargado de negocios del Perú; y al *ultimatum* que este acto provocó de parte del gobierno peruano, respondió con un decreto de interdicción absoluta y con un paseo militar á Copacabana, «paseo de valientes» como dijo, cruzando territorio del Perú. El triunfo de Castilla restableció la armonía entre ambas repúblicas (1855).

El general Belzu.—Don Manuel Isidoro Belzu, á quien sus contemporáneos han juzgado acerbamente, era un carácter dominador, suspicaz é impetuoso, fuerte en sus resoluciones y desprovisto de cul-

tura intelectual; pero sabía atraerse la voluntad de las masas con su mano franca y derrochadora; ensoberbeció á la plebe constituyéndola desde entonces en un factor político decisivo; y oponiendo, sin educarlo, ese poder torpe y rudo al poder sensato y reflexivo de la gente ilustrada, ha dejado la simiente funesta de la oligarquía de las muchedumbres, que muchas veces se ha enseñoreado del país como actora inconsciente de aberraciones. «La aparición de este poder formidable», decía al despedirse del gobierno, «es un hecho social de eminente trascendencia». De trascendencia perniciosa para el país, desgraciadamente.

Algún tiempo permaneció Belzu en Europa, como representante de Bolivia; vuelto de allí en 1865, levantó el pueblo de La Paz contra Melgarejo, y murió al finalizarse el combate y cuando ya la victoria le sonreía. Había nacido en 1808.

CAPÍTULO IV

La "trasmisión legal"; presidencia de Córdova. — Diversas insurrecciones.—La campaña de Septiembre.— Movimiento administrativo.—El general Córdova.

LA «TRASMISIÓN LEGAL»; PRESIDENCIA

DE CÓRDOVA.—No las influencias personales de Belzu, sino las de su partido, fraguaron los escrutinios electorales en favor del general don Jorge Córdova, hijo político de aquel, en quien se hizo la «trasmisión legal de la presidencia», así llamado ese acto por sus partidarios.

El nuevo gobernante abandonó á sus ministros la dirección de la República, y toda su intervención se redujo á moderar las medidas rigurosas y templar con su ingénita benevolencia la exacerbación producida por el anterior despotismo. Pero el partido que lo rodeaba era el mismo que había servido á Belzu, y subsistían las causas de la resistencia y el empeño de los hombres que la agitaban.

DIVERSAS INSURRECCIONES.—Así, antes de un mes de la organización del nuevo gobierno, recomenzaron las insurrecciones en favor del doctor Linares, el implacable enemigo del belcismo y que perseguía la presidencia con tezón inaudito. Iniciáronlas dos generales, Lanza en las provincias de La Paz, y Avila en Tarija, envidiosos ambos de la prematura exaltación del joven Córdova. Pero la revolución fué vencida, y sus jefes indultados de la pena de muerte á que fueran condenados.

Otras conspiraciones más sofocó el gobierno, coronando siempre su buena estrella con decretos de perdón, hasta la reunión del congreso ordinario de 1857 (Agosto 6) en que algunos diputados de la oposición, hicieron fanfarrón alarde de independencia y altanería.

La campaña de Septiembre.—Sesionaba el congreso en la capital, cuando apareció en Oruro el doctor Linares, apoyado por el escuadrón de artillería (Septiembre 8). Con rara actividad organizó un ejército; y mientras que el gobierno, fiado en la superioridad del suyo, descuidaba proveer á su seguridad, Linares pasó á Cochabamba, donde se atrincheró. Por fin se presentó Córdova con sus fuerzas delante de la ciudad, que hizo una heroica resistencia de tres días, y viendo difícil la empresa de tomarla, sin embargo de tener las muchedumbres de su parte, tocó retirada á Oruro [Septiembre 29].

Entretanto, la revolución había cundido en el norte y sud. Una división organizada en La Paz batió en *Leque* á otra del gobierno [Octubre 14], y las fuerzas revolucionadas del sud, dispersaron en *Cuchihuasi* á las columnas de gendarmes de Potosí y Sucre [Octubre 20]. Córdova abandonó el gobierno y fugó al Perú (Octubre 21).

MOVIMIENTO ADMINISTRATIVO —El movimiento administrativo de este gobierno fué insignificante: algunas disposiciones de hacienda, la creación de juntas inspectoras de obras públicas á falta de municipalidades, la de sociedades protectoras de instrucción, etc., etc., Ni el tiempo ni la competencia acompañaron al gobierno en su misión.

EL GENERAL CÓRDOVA.—Don Jorge Córdova no tenía ni por su educación, ni por su índole, aptitudes para gobernante. Candoroso y sencillo, perezoso é indolente, menos ávido de gloria que de placeres, ni comprendía la árdua misión del hombre de Estado ni los altos deberes de la magistratura. Subió al poder sin aspirarlo, y descendió de él sin lamentarlo. En su proscripción, al consolar á sus compañeros de infortunio y de pobreza, solía decirles: «Hay que pasar por todo en este mundo. ¿Nó me han visto acaso pasarla hasta de presidente de la República?»

En 1861, á su vuelta del ostracismo, murió trágicamente en la célebre matanza del Loreto [Octubre 23].

TERCER PERIODO

Desde la dictadura Linares hasta el sexenio (1857-1864).

CAPÍTULO I

Dictadura de Linares; labores administrativas.—Política de la dictadura.—Revolución del 10 de Agosto; otras revoluciones.—Diferencias con el Perú.—Impopularidad de la dictadura.—El golpe de Estado.—El doctor Linares.

DICTADURA DE LINARES; LABORES ADMINISTRATIVAS.—Rodeado del aura popular y ayudado por todos los hombres de valer y distinción, se presentó Linares en el gobierno, resuelto á destruirlo todo y hacerlo todo de nuevo. En efecto, con una actividad nerviosa y ayudado eficazmente por sus ministros, puso en planta todas las reformas que había lucubrado su mente durante el largo período que persiguió el poder: formó un nuevo ejército, limpio de vicios; creó el ministerio de fomento ú obras públicas; instituyó el consejo de Estado como cuerpo consultivo; distribuyó el territorio en treinta y dos

circunscripciones ó jefaturas políticas en inteligencia directa con el gobierno, centralizando así la administración, al mismo tiempo que restauró las municipalidades bajo su forma más descentralizada; puso en vigencia una nueva ley de organización judicial, un nuevo código de procedimiento criminal, una ley supplementaria de procedimiento civil y otra de juicios contencioso administrativos y de juicios coactivos; introdujo la economía en el presupuesto; redujo la dotación de los altos empleados del Ejecutivo; estableció una comisión liquidadora de deudas públicas; creó dos distritos minerales, uno en Potosí y otro en Oruro, con sus respectivas cámaras; suprimió el banco de quinas; reglamentó las sociedades anónimas; mandó la fundación de grandes seminarios en cada diócesis para la instrucción y reforma del clero ya formado, etc., etc., medidas todas bien ó mal aconsejadas, que produjeron naturalmente resultados diversos, pero que también abonaban la contracción y laboriosidad del gobierno.

POLÍTICA DE LA DICTADURA.—Mas, el país no se dejó seducir con ellas. Linares había traicionado sus principios constitucionales y las aspiraciones legalistas de la nación, asumiendo la dictadura; y cuan-

ido el pueblo dejó sentir su contrariedad en la prensa y mediante ciertas resistencias, blandió el látigo del despotismo sobre sus espaldas, mató la libertad de imprenta, estableció tribunales de represión discrecionales y, como Ballivián y como Belzu, ahogó en terror y en sangre las manifestaciones desesperadas del descontento. Los hombres dieron en abandonarlo y las conspiraciones empezaron á urdirse.

Revolución del 10 de Agosto.—En La Paz, residencia de la dictadura, un grupo de conjurados tomó el cuartel del batallón «primero». Restaurado el orden con la presencia del coronel Rivas, que dió muerte al cabecilla sargento retirado Justo Quirós, los demás conjurados se dirigieron á la plaza dando tiros á las ventanas del palacio, donde resultaron muertos el general Prudencio y un edecán; y se dispersaron después á las descargas que les hizo la guardia del dictador, con que murieron algunos (Agosto 10 de 1858).

Fuera de sí el dictador y creyendo al coronel Ortiz cómplice en el atentado, lo envió al patíbulo; pero habiendo el oficial, encargado de la ejecución, pedido la orden por escrito, dió tiempo á que los empeños de hombres influyentes salvasen á la víctima.

Organizáronse en seguida los procesos, y fueron condenados á muerte dieziocho reos, entre los que se contaban dos mujeres y un religioso, el padre franciscano fray Manuel Pórcel. En el seno del gabinete hubo empate para confirmar la sentencia; mas, el dictador lo dirumió en sentido afirmativo. En esta virtud y después de obligársele al obispo á ejecutar la penosa ceremonia de la degradación del religioso, fueron pasados por las armas, éste y cuatro reos más, conmutándose la pena de los otros en diez años de presidio (Septiembre 1.º)

La dictadura creyó haber hecho un escarmiento, y sólo consiguió irritar y ensanchar á la oposición y hacerla más compacta y resuelta.

Belzu y Córdova, que se hallaban en asecho, destacaron entonces desde la frontera peruana dos expediciones, de las que la primera fué dispersada en *Pucarani* (Agosto 24) y la segunda comandada por el general Agreda, que pudo avanzar hasta el *Calvario* de La Paz, fué batida por las tropas de la dictadura, á pesar de su vigorosa resistencia (Febrero 28 de 1859 .

Diferencias con el Perú.—La dictadura creyó ver la mano del Perú impulsando y protegiendo estas expediciones, y

dirigió por tanto su reclamación, que el gobierno peruano fué omiso en atenderla, alegando que de su parte tenía pendientes graves cargos contra Bolivia. La tirantés de las relaciones de ambos países fué hasta obligar á la dictadura á decretar la interdicción absoluta con el Perú y á prepararse para la guerra imponiendo al país fuertes contribuciones (Mayo 14). Mas, como el país no acogiera con entusiasmo la guerra, tuvo que derogar su decreto y mantener tan sólo la suspensión de la amistad entre los respectivos gobiernos (Octubre 17).

Impopularidad de la dictadura.— Impopular y resistida la dictadura, pronto se vió amagada más fuertemente por las rebeliones. En Potosí, se sublevó la guarnición contra el jefe político coronel don Narciso Campero, quien arrastrado al patíbulo, afrontó con rara entereza las descargas de fusilería con que quisieron amedrentarlo para arrancarle la orden de rendición de la casa de moneda (Noviembre 22). En Santa Cruz, una revolución de mayor gravedad, encabezada por el coronel Martínez y don Diego Povil, proclamó á Belzu y se extendió por las provincias del Acero, Cordillera y Vallegrande (Mayo 10 de 1860). El general Achá, minis-

tro de la guerra, tuvo que marchar á debelarla con una división: libró combate en el *Pari*, y puso en fuga á los revolucionados (Julio 4)

El espíritu de insurrección invadió también al ejército: descubierto un plan en que se hallaban comprometidos los escuadrones de caballería «Bolívar» y «Sucre», este último logró defeccionarse (Septiembre 12). El brazo de la dictadura cayó terrible sobre los insurrectos: trece sargentos, sacados á la suerte de entre un número considerable de reos condenados á la última pena, fueron pasados por las armas.

Este castigo no impidió, sin embargo, á que una nueva incursión belcista invadiese la frontera, haciéndose preceder por una sublevación de indios. El coronel Nicanor Flores, al mando de las fuerzas dictatoriales, les dió una batida sangrienta. Tomados prisioneros el comandante de la expedición coronel Quintín Quevedo y sus compañeros, fueron condenados á muerte siete. El dictador supo reprimir en esta vez su zaña, y les conmutó la pena en prisión y confinamiento.

Fin de la dictadura.—Con todos estos antecedentes, la dictadura parecía tocar á su fin. En efecto, en la madrugada del 14 de Enero de 1861, los ministros

Ruperto Fernandez y José María de Achá y el comandante de armas de La Paz, Manuel Antonio Sanchez, puestos á la cabeza del ejército, desconocieron la autoridad de Linares y se constituyeron en junta gubernativa. El dictador había caido traicionado por sus favoritos. La conciencia nacional repudió la traición, pero aceptó la revolución.

El doctor Linares —¡Pocos nombres, como Linares, colocados bajo las mas favorables condiciones para hacer el bien de la República! Dueño de la opinión y del concurso intelectual del país, amado y reverenciado, pudo realizar, en la medida de las posibilidades humanas, las aspiraciones de la nación que eran las suyas propias, con sólo el ejercicio racional de la magistratura dentro de la esfera de la libertad. Mas, el hombre, impaciente, ensimismado, irascible y sanguinario, quiso refrenar los vicios de la República, desconociendo de su parte todo freno. La historia ha aplaudido su administración y condenado su política.

El ex-dictador tomó el camino del destierro y murió en Valparaíso nueve meses después (Octubre 6 de 1861). Había nacido en 1810.

CAPÍTULO II

Gobierno del triunvirato.—La Asamblea Constituyente; presidencia de Achá.—Las matanzas del Loreto.—Jornada del 23 de Noviembre.—Revoluciones contra Achá.

GOBIERNO DEL TRIUNVIRATO.—Llamóse «Golpe de Estado» al suceso que echó abajo la dictadura; y sus autores, constituidos en gobierno, persiguiendo cada cual la presidencia y desplegando una política templada y conciliadora, convocaron un congreso constituyente, después de haber esplicado las causas y motivos que los impulsaron para derrocar al dictador. El «triunvirato» duró apenas cien días.

LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE; PRESIDENCIA DE ACHÁ.—Reunida en La Paz la asamblea constituyente (Mayo 1.º de 1861) eligió presidente provisorio al general Achá y dictó la séptima constitución de la República. Dictó, además, una ley de imprenta y otra sustituyendo el impuesto catastral á los diezmos y primicias; derogó varios decretos de la dictadura sobre arreglos eclesiásticos y dió un decreto de amnistía, declarando, asimismo, que el

triunvirato había merecido bien de la patria.

Las matanzas del Loreto.—Habiéndose dirigido el gobierno á la capital, quedó en La Paz como jefe de armas el coronel Plácido Yañez, ardiente enemigo del belcismo. Receloso de este partido cuyos hombres principales, incluso Córdova, habían vuelto á la patria, mandó arrestarlos y juzgarlos.

En la noche del 23 de Octubre, sintióse un lijero desorden en la plaza, frente al Loreto que servía de prisión á Córdova y algunos de sus compañeros; y sea que fuese el principio de un tumulto popular, como quiso hacer entender la autoridad ó una farsa fraguada por ésta misma, como denunció la voz pública, es lo cierto que Yañez se precipitó en las prisiones y ordenó el exterminio de los arrestados. Veintitres individuos, muchos de éstos personajes de valía y con ellos Córdova, fueron pasados por las armas, reproduciéndose las espantosas escenas de una abominable barbarie.

Jornada del 23 de Noviembre.—La ciudad despertó horrorizada é indignada, clamando venganza para tanta sangre inocente. Medio batallón del «segundo», acantonado en Achocalla, acudió en res-

guardo del orden; á poco llegó de Oruro el batallon «tercero», pero con miras distintas: venía de acuerdo con el ministro Fernandez para pronunciarse contra la autoridad de Achá; y éste, bajo una situación tan escabrosa, abandonó la capital para dirigirse también al teatro de los sucesos.

Al mes cabal de las matanzas de Yañez, el batallón «tercero» con su jefe el coronel Balza, atacó el cuartel del «segundo» que hizo una denodada resistencia, y después de un combate sangriento en que el pueblo ayudó al agresor suponiendo que así combatía contra Yañez, el batallón «segundo» fué deshecho y su pundonoroso jefe el coronel Cortés fué muerto. Convencido el pueblo de su error, se arremolinó en torno del palacio donde estaba Yañez. Este militar, valiente á toda prueba, se aterrorizó, buscó la fuga, trepó á los tejados, y allí le alcanzó una bala, desplomándolo en seguida al patio de una casa vecina. El furor popular se apoderó del cadáver y lo escarneció con infernal algazara, arrastrándolo por las calles (Noviembre 23).

Achá llegó de Oruro cuando todo había terminado.

Revoluciones contra Achá.—Entretanto, los trabajos revolucionarios de Fernandez, que en La Paz tuvieron un desenlace tan inesperado, estallaron en Sucre (Noviembre 30); mas, sus fuerzas, al pretender ocupar Potosí, fueron batidas (Diciembre 3).

Poco después, la guarnición del mismo Sucre se pronunció por Belzu (Marzo 7 de 1862); atacó Potosí y tomó la plaza después de un combate en la *Tejería* (Marzo 14). Una división que marchó de La Paz, comandada por el general Perez, restauró el orden en la jornada de *Mesaverde* [Abril 3].

Elegido presidente constitucional el general Achá por los colegios electorales, fué proclamado tal por el congreso (Agosto 15). A consecuencia de esto, el general Perez, que había terciado en la elección y de quien la oposición había hecho su corifeo, se revolucionó en La Paz con parte del ejército, que como jefe superior del norte, tenía á sus órdenes. [Agosto 18]. La revolución era popular y se extendió rápidamente hasta Oruro.

El congreso suspendió sus sesiones, y el gobierno emprendió campaña con las escasas fuerzas que se habían mantenido

leales y una división que se organizó en Cochabamba.

Avistados los dos ejércitos en los llanos de *San Juan*, el jefe de la revolución rechazó con arrogancia, seguro de su triunfo, las proposiciones de paz que le dirigió el gobierno. El general Achá, y su consejo de guerra, que no juzgaban bastante fuerte á su ejército, parecían optar por la retirada, cuando, según se refiere, el coronel Melgarejo, jefe de la división de Cochabamba, se le dirigió al presidente y le dijo: «General, es preciso atacar; yo ataco». No hubo más vacilaciones: se desplegaron las fuerzas, y después de algunos movimientos hábilmente combinados, la victoria sonrió al ejército del gobierno (Septiembre 15).

Los derrotados y los prisioneros que fueron puestos en libertad al día siguiente, se reconcentraron en La Paz, y con febril entusiasmo se prepararon á la resistencia; mas, el ejército victorioso, no sin tentar otra vez infructuosamente los medios de la conciliación, atacó la plaza que estaba atrincherada y la rindió después de seis horas de combate [Octubre 16].

CAPÍTULO III

La "apelación al pueblo".—Cuestión huanos de Megillones.—Legislaturas.— Labores administrativas.— Revolución de Melgarejo.—El general Achá.

La «APELACIÓN AL PUEBLO».—Creyó el gobierno que la constitución de 1861 contenía los gérmenes de la anarquía de que tan difícilmente acababa de salir, y pidió al país una nueva constitución por medio de un decreto conocido por la «apelación al pueblo» [Noviembre 18]. Este decreto inspirado por el ministro don Lucas Mendoza de La Tapia, exitó las más acaloradas discusiones y las más vehementes protestas de la oposición; de manera que el gobierno se vió precisado á revocarlo [Diciembre 22].

CUESTIÓN HUANOS DE MEGILLONES.—A principios de 1863, las huaneras del Litoral empezaron á dar un gran rendimiento. Chile se arrogó la explotación de ellas, apoderándose de hecho de la bahía de Megillones. Este atentado exaltó el patriotismo de los bolivianos, y convocado el congreso á sesiones extraordinarias en Oruro fué autorizado el gobierno para declar

la guerra á la nación usurpadora [Junio 5 de 1863]. Los gobiernos del Perú, Nueva Granada y Estados Unidos de Norte América ofrecieron su mediación. En esto sobrevino la ocupación de las islas Chinchas por España; luego la guerra entre esa nación y el Perú y Chile; á seguida la reunión de un congreso americano en Lima, y como consecuencia el olvido de las cuestiones con Chile.

LEGISLATURAS.—Poco contribuyeron el congreso extraordinario de 1863 y el ordinario de 1864, al bien de la nación. Convocado el primero para resolver muchas cuestiones de grande interés fuera de la cuestión con Chile, fué estéril é inepto, lo que contrarió profundamente al país y al gobierno. Reunido el segundo en Cochabamba, ostentó más pasión política que laboriosidad, sin embargo de que á él concurrieron las entidades más distinguidas de la República y que la libertad de discusión fué completa.

LABORES ADMINISTRATIVAS.— La acción y la iniciativa del gobierno fueron más eficaces. Creó el «batallón ingenieros» destinado á ocuparse en la apertura de caminos y otras obras de utilidad común [Febrero 24 de] 1863; introdujo por primera vez el uso del franqueo de la co-

rrespondencia por medio de estampillas [Febrero 21]; contribuyó al establecimiento de la primera línea carretera entre Cochabamba y sus valles [Enero 1864]; mandó explorar el Pilcomayo; estableció la descentralización de los impuestos municipales y fijó á los municipios su esfera de acción [Marzo 16]; regularizó la recaudación de los impuestos aduaneros; trabajó tenazmente por introducir la economía en la hacienda pública y reglamentó la ley de imprenta por el sistema de jurados.

Revolución de Melgarejo.—Por una extraña aberración, al expirar el período presidencial, Achá apoyó desembosadamente la candidatura del general don Sebastián Agreda. Esto produjo una general repulsa en la opinión, que resolvió desbaratar con la fuerza las imposiciones del poder.

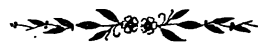
Así las cosas, el general Mariano Melgarejo se apoderó del escuadrón rifleros en Cochabamba proclamándose presidente, rindió con él á la artillería, sitió al presidente en su palacio, y al final de la jornada en que la suerte se hizo esclava de su osadía, quedó dueño de la situación [Diciembre 28 de 1864].

El general Achá.—Don José María de Achá dotado de un carácter concilia-

dor y benévolo, de recto criterio, de patriotismo y honradez, es considerado como uno de los pocos buenos mandatarios de Bolivia. Amagado su gobierno por las facciones, se vió constantemente interrumpido en su labor administrativa, y bien sea porque la oposición contrariaba todos sus planes ó porque él prestaba demasiada atención á sus intrigas é impertinencias, tuvo que distraer en la política la mejor parte del tiempo que pudo haberlo consagrado á la administración.

Había nacido en 1810. Perseguido después de su caida y desterrado á las regiones del Beni, murió en Cochabamba en 1868, de vuelta de su confinamiento.

Sallan', 1893.



Fe de erratas

No habiendo podido dirigir personalmente esta edición, se han deslizado algunos errores de los que nos apresuramos á enmendar los siguientes:

Pag.	lin.	dice	debe decir
18	26	preciosa y) la	preciosa) hoy Copacabana, y la
23	1	en la Capital del	en el
60	7	Diego Cristóbal	Andrés
74	21	(Agosto 15	(Agosto 13
75	25	(Noviembre	(Octubre 29 de
83	1	la noticia	la falsa noticia
88	19	después,	después en *Arpaja*
99	13	optaron por	optaron todavía por
106	11	cincuenta y cinco	ciento cuarenta y cinco
100	24	En la refriega	Pero en la refriega
111	27	mas bien	casi
116	5	regió	rigió
132	11	cubrieron sus	cubrió sus
155	7	dirumió	dirimió

THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.

Harvard College Widener Library
Cambridge, MA 02138 (617) 495-2413

WIDENER
APR 1 2 1986
CANCELLED

3 2044 015 465 768